Amor en días rudos
Diseño de portada: Gisela Iliana Franco Deándar

Primera edición: 2017
Secretaría de Cultura de Chihuahua

Fotografía de portada: Gabriel Ortiz

© Tomás Chacón Rivera
© Secretaría de Cultura

SE RESERVAN TODOS LOS DERECHOS

Secretaría de Cultura de Chihuahua
Avenida Universidad y División del Norte
31200 Chihuahua, Chihuahua
Teléfonos: (614) 214 48 00

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Amor en días rudos

Gobierno del Estado de Chihuahua

Javier Corral Jurado
Gobernador Constitucional

María Concepción Landa García Téllez
Secretaria de Cultura de Chihuahua

Raúl Manríquez Moreno
Director General de Políticas
Culturales y Artísticas

Enrique Alberto Servín Herrera
Desarrollo Cultural

Gisela Iliana Franco Deándar
Programa Editorial de Gobierno del Estado

Amor en días rudos

TOMÁS CHACÓN RIVERA

Chihuahua
GOBIERNO DEL ESTADO

SECRETARÍA
DE CULTURA

Chihuahua
AMANECE PARA TODOS

Indice

Prólogo..... 11

Alto riesgo..... 17

La petición 37

La silla rodante 61

Día de guerra 97

Prólogo

Amor en días rudos es un libro de dramaturgia que por sí solo constituye un cuerpo sólido, contundente. Estos rasgos vienen de su pertinencia. Las cuatro obras que lo conforman acusan un conocimiento pleno de la literatura dramática y de sus recursos inherentes. La construcción dialogal de todas las obras mantiene los textos unidos por una trama que no solo obliga al lector –y a la postre hará lo mismo con el espectador, una vez que sean llevadas a escena– a conservar una atención constante, sino que también permite adentrarse en el universo que cada texto es hasta revelarnos los temas que los componen desde dentro y las posibles formas diversas de enunciarlos.

Al referirnos a la pertinencia de este libro, se alude primeramente a una lectura formal de sus textos. Mientras la posmodernidad ha traído consigo la deconstrucción del drama y la aparición de distintas formas vinculadas con dicho género, parece, en algunas ocasiones, olvidarse de uno de los rasgos principales de este tipo de obra: la Mecánica Dialogal; es decir, la construcción del texto a partir del diálogo que se da en función de un conflicto que podría denominarse choque de intereses o choque de fuerzas. Rasgos fundamentales para toda dramaturgia que se precie de serlo, pues el conflicto y el diálogo sirven para generar la realización escénica —a lo que todo texto teatral debe aspirar– además de constituir la base de dos características inherentes al teatro: el sentido crítico de la realidad y el involucramiento directo del otro que, según sea el caso –ya como lector de la obra, ya como espectador de la puesta en escena–, se confronta con la obra dramática.

Sin embargo la pertinencia de este material no estriba solo en el aspecto formal, fundamentado en un ejercicio dialogal que solventa la trama de las obras sin perder de vista el enfoque literario que cada texto, dependiendo de su "coloratura", le demanda. No, lo oportuno de *Amor en días rudos* radica también en las líneas temáticas que lo componen y en la manera en que estas son develadas a través de los recursos ya mencionados. El común denominador del libro, desde la perspectiva temática central, es el amor. De igual forma, los temas complementarios de cada obra son las condiciones o circunstancias particulares en que el amor se da en cada una de las historias que dichos textos cuentan.

Alto riesgo aborda la temática del amor desde la muy particular condición del Sida y las consecuentes problemáticas que dicha enfermedad trae consigo: el miedo, la desinformación, así como la negación traducida en renuncia moral a aceptar la responsabilidad inherente. Los personajes de esta obra actúan en el marco de la cotidianidad donde los celos, la misoginia, la manipulación y la tendencia a estereotipar a los demás, partiendo de percepciones preestablecidas, constituyen un caldo de cultivo para algo tan dañino como la enfermedad misma: la discriminación –en diferentes formas de darse, ya sutil, ya abierta– que, aunque no se enuncia directamente en el texto, se sugiere mediante el temor manifiesto y la maledicencia de los personajes. El autor pone de manifiesto que en el día a día de todos, en las prácticas cotidianas aparentemente anodinas, se incuba un riesgo insoslayable, mismo que, además, puede incluso llegar a rebasarnos. Amar es un riesgo que todos corremos tarde o temprano. Las condiciones en que este se asume, dentro de la obra de teatro, ponen sobre la mesa un ingrediente más, un riesgo extra, y el amor se convierte así en el compañero inseparable de la zozobra, de la incertidumbre.

La petición es una pieza teatral que entra también en el escabroso

mundo de la cotidianidad, acentuando la manera en que a través del amor solemos manipularnos y generar patrones de relación que están más allá de las apariencias mismas. En este texto se devela algo tan interesante como puntual: la tendencia a hacer de las relaciones amorosas y sexuales una forma de manipulación y sometimiento del otro, sin importar condición alguna, ya se trate del género, la edad, las preferencias sexuales, etcétera.

El hecho de que el autor plantee, desde el nivel anecdótico de la obra, la homosexualidad como una de las referencias principales del texto, es una trampa bien planeada y bien definida. Finalmente la sociedad a la que este dramaturgo pertenece ha hecho de esta condición sexual un estereotipo y un objetivo claro de discriminación. Jugando con esos patrones, Chacón Rivera expone en *La petición* la ineludible y clara participación de todos en un entorno donde, mediante el juego de roles preestablecidos, nos dejamos llevar por una inercia, por un ethos que contextualiza nuestro obrar. Ello sin dejar de destacar el claro –y por ende problemático– vínculo que existe entre amor y sexualidad. "Hablamos –parece decirnos el autor– del amor, casi siempre desde el sexo como promontorio que destacará nuestro discurso en torno de este sentimiento". Amor y sexualidad caminan irremediablemente de la mano y ello recae, muchas veces, en la oportunidad de manipular.

La silla rodante es un texto que, claramente influido por la dramaturgia de una generación de maestros del teatro mexicano, particularmente Luisa Josefina Hernández, habla del amor desde la soledad, con un halo poético tan efectivo y contundente que permite al mismo tiempo entender dicho lado –lo poético– como parte insustituible de la realidad cotidiana, mientras nos introduce en el mundo caótico, pleno, intenso, ya vehemente, ya apacible, de Remedios. Interesante personaje construido con las más estremecedoras y bellas contradicciones. Con este texto, el autor deja claro algo: el amor es al mismo tiempo luz

y oscuridad. Su lado oscuro, surcado por el temor y el dolor, es tan pleno y vital como el lado lumínico, brillante. A través de esta obra entendemos por qué la palabra erótico implica no solo el lado sensual de la existencia sino también el lado vital. *La silla rodante* nos deja en claro que amar es vivir, más allá de las condiciones en que esto se dé, y aun a pesar de ellas.

La cuarta obra de este libro, *Día de guerra*, es una acertada y deliberada metáfora del amor como una trinchera desde donde uno se relaciona con la guerra –es decir, la vida diaria–. El mundo es un campo de batalla y el amor, amenazado constantemente por ello, se nos presenta como una posibilidad extraña pero necesaria y ambigua; pero certera, hilarante; pero honesta. Dicotomías que construyen el entramado formal y temático de la obra haciendo de esta un texto ágil cuyos guiños al absurdo y cuyos elementos propios de la estética simbolista, apuntalan con certeza literaria la historia. Los personajes de la obra, así como sus respectivas circunstancias, nos remiten en cierta forma a la ciencia ficción, pero solo para mostrarnos el amor como algo anómalo en un contexto donde lo acechante, lo contingente, la angustia y la premura, se han vuelto la norma.

Amor en días rudos juega, de esta manera, a ir y venir entre diferentes condiciones contextuales del amor, y apuesta –lográndolo no modestamente– por mantener la vigencia de un tema que, en apariencia, está agotado pero que aún puede sorprendernos de muchas formas, tal y como Tomás Chacón lo hace.

Víctor Manuel Córdova Pereyra
Octubre 2016

Amor en días rudos

Alto riesgo

Personajes

Alonso
Héctor
Elena
María
Pedro
Xóchitl

(Representada en la Ciudad de México en 1989 y en las escuelas secundarias de Veracruz desde el año 2000)

Primera escena

En una sencilla oficina con dos escritorios al fondo, un pequeño archivero y un sillón largo, se lleva a cabo una reunión de compañeros. Hacia la puerta de la derecha se encuentran el archivero y el sillón; la puerta de la izquierda da hacia la calle. María y Pedro bailan una rumba mientras se besan y se acarician. Elena lee una revista alarmista. Alonso y Héctor hablan; ambos están sentados en el sillón. En los escritorios está la grabadora, las botellas y las botanitas.

Alonso: Pues es que yo no lo sabía.
Héctor: Pues tu esposa tampoco, hasta que se lo dijeron.
Alonso: En todo caso ella es la culpable.

Héctor: ¡Pero cómo crees! Si tú mismo me lo has dicho: "Mis hijos la cuidan, yo ya dejé esa responsabilidad".

Alonso: Yo no dije eso.

Héctor: Sí, lo dijiste y hasta ese día caímos en la cuenta de que así las manteníamos ocupadas; los chavos hacían nuestro papel y nosotros, "rienda suelta". ¿Ya no te acuerdas?

Alonso: Pues no. Habré estado muy pedo.

Héctor: No te justifiques, Alonso. Toma las cosas al chile y ya.
(Pausa) ¡Salud! *(Beben)*

Alonso: *(De pie)* No. La cosa no es así; es más, tú no sabes ni qué onda. Mira: una temporada estuvo viviendo en la casa un primo de Cecilia; que dizque era huérfano desde niño. Yo no me trago esa. Para mí que ese *güey*...

Héctor: ¿Qué edad tiene?

Alonso: Pues no sé, pero es mayor que ella y yo.

Héctor: Ai'stá. ¿Y a poco crees que él fue quien le pegó el sida a tu vieja?

Alonso: No solo eso, a mí se me hace que el embarazo es de él y no mío.

Héctor: No creo que Cecilia sea capaz de... ¡Ay Alonso! Ya tienes tres hijos, el mayor va a la prepa y...

Alonso: Eso no disminuye mis sospechas. Ella es la culpable, no lo dudo.

Héctor: ¡Mira! Para que salgas de dudas, mejor hazte el examen y ya.

Alonso: ¿Quieres decir que le quite la culpa?

Héctor: ¡No! Solo que te cerciores y...

Alonso: ¡Ya! Lo que tú quieres es que me esculque para ver

si soy el culpable. Nel, estás como loco. *(Nervioso)*

Héctor: Tú ya estás pedo, mejor ya ni hablamos de eso.

Elena: ¡Mira Héctor! Ven, oye esto: "Después de darle muerte a los dos, el esposo los hizo pedazos y metió sus cuerpos en el refrigerador".

Héctor: ¿Te cae? ¿Y qué más dice?

Elena: Que se fue, pero como no volvió, le cortaron la luz en su casa y luego la pestilencia en la vecindad y... ¿Te imaginas? Gracias a la compañía de luz se supo todo.

Héctor: A ver, déjame ver las fotos. ¡Habrase visto!

Alonso: Ya dejen de estar de morbosos. ¿De quién es esa revista?

Elena: No sé. Aquí estaba.

Héctor: Es la literatura de Pedro.

Alonso repara en María y Pedro, que aún bailan.

Elena: *(A Alonso)* ¡Ay sí! ¿A poco tú muy culto?

Alonso: ¡Tú cállate! Déjame tranquilo.

Elena: ¡Uy! ¿Y 'ora?, ¿qué le picó a éste? Desde que se cree jefe...

Héctor: Bájale ya. *(Bebe ante la revista)* No sabes cómo está de broncas. *(Pedro y María se excitan)*

Elena: No es el único, todos las tenemos. Lo que pasa es que se siente muy *güenote* y...

Héctor: ¡Elena, no empieces! La bronca de Alonso es más fuerte de lo que te imaginas.

Elena: ¿De veras? ¿Y qué es?

Héctor: Es algo que después te cuento.

Elena: Dímelo ahorita.

Héctor: No, ¿pa'qué quieres? Nos va a oír.

Elena: Pues vámonos pa'fuera un rato. *(Ella lo toma de la mano)* Vamos. 'Orita venimos. *(Antes de salir ellos, suena el teléfono. Todos se paralizan. Elena apaga la grabadora)*

Héctor: Qué, ¿no vas a contestar?

Pedro: ¡Bah! Es sábado, no se trabaja. *(Héctor le da el teléfono)* Bueno... ¿Quién? No... Sí... equivocado. *(Se dirige a la grabadora)*

Alonso: ¡María, ven! *(Ella obedece y Elena empuja a Héctor. Ambos salen. Alonso besa a María por la fuerza)*

María: No, así no. Ya te dije que borracho no me gustas.

Alonso: Pero me quieres, ¿no?

María: Ay, quién sabe de qué amor hablas. No me estrujes así, ¡ya!

Alonso: Vamos a divertirnos, ¿no?

María: Sí, pero hoy cada quien a su modo. No te me acerques así, ¡quítate!

Pedro: *(Tambaleándose)* Mary, ¿nos echamos esa? ¡Ándele! *(María acepta y Alonso se molesta)*. Véngase, véngase. *(Bailan. Alonso va por un trago. Héctor y Elena entran discutiendo)*

Héctor: ¡Bueno ya, Chitón! Y cuidadito con soltárselo a María. *(Elena se va pensativa hacia un extremo)*. ¡Oye Alonso! ¿Por qué no cambiamos de música?

Alonso: Dile a Pedro. Él es el vigilante, el que cuida aquí, ¿no? Ya hasta la vieja me quitó.

Héctor: Oye, a propósito de María, ¿tú no crees que ella...?

Alonso: No. Ya te dije que fue Cecilia. Nunca creí que me hiciera eso.

Héctor: Pero es que no estás seguro y...

Alonso: ¡Cómo que no! Cuando yo digo algo es que sí es cierto y se acabó.

Héctor: ¡Ah! De modo que así lo vas a arreglar todo. "Se acabó y ya".

Alonso: Mira, déjame tranquilo ya, ¿no?

Héctor: Está bien. Pero yo lo digo porque... porque soy tu compa y…

Alonso: ¿Y qué?

Héctor: Bueno, pero no te pongas así.

Alonso: ¿Y si quiero qué? ¿Te importa o qué?

Elena: ¿Mejor vámonos no, Héctor?

Héctor: No, pérate. *(A Elena)* Sírveme otra.

Elena: Pero es que yo...

Héctor: ¡Que me sirvas otra! ¿No oíste? *(Ella obedece de mala gana)*. Mira Alonso, yo no quiero hacerte ningún mal, al contrario, creo que tu bronca no es cualquier cosa. Yo... yo estoy de tu parte, tú sabes que entre compas... la neta es que debes tomarlo con calma, con mucha calma, y hacerte a la idea de que son cosas que pasan y pues… ya qué… *(Elena le da el trago y se retira)* Oye, ¿y qué me dices de Xóchitl?

Alonso: ¿Esa cualquiera?

Héctor: ¿La conociste en la calle no? Qué tal si...

Alonso: ¿Si qué?

Héctor: Si por allí anda la cosa.

Alonso: ¿Qué cosa? No sé por qué te lo conté.

Héctor: Porque a alguien se lo tenías que decir, ¿no?

Alonso: Bueno ya cállate, si no, 'orita se van a enterar todos.

Héctor: ¿Y eso qué? Nosotros somos tus amigos.

Alonso: No, amigos no. Compañeros de trabajo y se acabó.

Héctor: ¡Otra vez de aferrado! ¡No debes ser tan necio Alonso!

Alonso: Tú eres el necio, vamos a dejar esto en paz ya, ¿no?

Héctor: Como quieras, yo lo decía por ti.

Alonso: Pues ya no digas nada de nada y se acabó, ¿sí?

Héctor: Bueno, pero acuérdate del examen. Además, si estás seguro, pues ya sabes que no va a salirte nada malo.

Alonso: Así es, efectivamente. Yo no tengo nada, así que no me hago ningún análisis y ai' la dejamos.

Héctor: Como quieras Alonso.

Alonso: Lo que debemos hacer es bailar. *(Se acerca a Elena)* ¡Ven! Vamos a bailar.

Elena: ¡No! ¡Déjame, no me toques!

Alonso: ¿Ma, pos' esta? *(Se retira)*

Héctor: *(A Elena)* ¡Y 'ora tú! ¿Qué no estás a gusto? *(Elena lo abraza, llora. Pedro deja a María y sale)*

María: *(Se acerca a Alonso)* ¿Qué es lo que está pasando, oye? ¿Por qué llora Elena?

Alonso: Yo qué sé. En dos años que llevamos viniendo aquí casi todos los sábados, nadie había llorado. Que te lo diga Pedro, a ver si no es cierto. Ándale, pregúntaselo al imbécil de Pedro, él te lo puede decir, al cabo ya te hiciste su amiguita íntima.

María: Eso no es cierto.

Alonso: ¿Que no? ¿Y entonces por qué no lo sueltas? ¿Por qué andas tan caliente con él? ¡Qué mal gusto! Eso no lo esperaba de ti.

María: ¿Y yo? ¿Qué era lo que esperaba de ti? Que te midieras. Nomás estás con el chupe y a las tres copas ya no tienes control.

Alonso: Pues bebe tú también y verás que no pasan esas cosas. ¡Toma!

María: ¿Así?

Alonso: No. ¡Así!

María: Nomás no te vayas a poner como loco.

Alonso: ¿Cómo crees? ¡Salud! *(Pedro vuelve)*

Pedro: ¿Todo bien? ¿Todo Bien?

Alonso: Vente, vamos a bailar. *(Bailan también Héctor y Elena)*

Elena: Dímelo de verdad, ¿me quieres?

Héctor: Sí mi amor, no lo dudes.

Elena: Es que...

Héctor: Abrázame, abrázame.

Pedro: *(Al hojear la revista)* ¡Miren! ¿Ya vieron? *(Leyendo)* "Era amante de sus tres hijos. Y lo peor, el ofendido esposo vivía en la misma casa".

Héctor: ¿Y dónde fue?

Pedro: *(Mareado)* Por aquí, fue por esta colonia.

Los otros siguen bailando; Pedro habla y la música sube de volumen. Apagón.

Segunda escena

Misma oficina. Entra Xóchitl, busca a alguien. Suena el teléfono.

Xóchitl: Bueno, sí. No, aún nadie. ¡Ah! ¿Cómo estás Elena? Soy Xóchitl, lo que pasa es que terminé hasta esta hora. Sí, espero a Alonso. ¿Anda raro, no? Pos ya ves cómo le entra al chupe. *(Ríe)* Es que perdí las llaves anoche en una redada. Pos sí, lo tengo de huésped. ¿Él? No sé qué pleitos con su vieja. ¡Ay! Ojalá no dure mucho allí, ¿eh? Ya ves lo necio que es. Y con lo malhumorado que anda siempre, pos ya ni qué.

(Desconfiada) ¿Tú crees? ¡Ay, no seas mamona Elena! ¿Cómo puede eso ser un hombre? Mira... cuando no se está segura de nada, lo mejor es no hablar. ¡Oye! ¿Dónde estás, eh? ¡Ah!... y vas a llegar tarde. Nomás un rato, ya no tarda en entrar el turno. Voy a esperarlo en la entrada. ¿A Mary? Bueno, sí; no te preocupes. 'Ta bien... Órale, ai' nos vemos. *(Escribe algo en un papel. Espera un poco, luego se va)*

Héctor entra y va al archivero. Luego llega María.

María: Buenos días. *(Lee el mensaje)*

Héctor: Buenos días Mary. ¿Viste a Alonso?

María: No. Pero ya sabes, cuando la agarra fuerte llega muy tarde.

Héctor: ¿Y a Elena?

María: Aquí hay un aviso de que llegará tarde.

Héctor: ¡Ah! Oye, ¿no viste las copias de los reportes médicos del personal?

María: No.

Héctor: Mmm… Bueno. *(Sale y el teléfono suena)*

María: Sí, diga. No, el ingeniero no viene hoy. Gusta dejar... bien, de nada. *(Aparece Alonso. Está decaído)*

María: ¿Qué pasó? Salúdame cuando menos.

Alonso: Hola María. Discúlpame, estoy... ¿cómo están tus hijos?

María: Bien, bien. Preguntan cuándo vas a ir otra vez.

Alonso: No, no puedo. Diles que estoy enfermo. *(Va a su escritorio)* Que después iré.

María: Cuando te alivies, sí se los diré. *(Va a él, coqueta)* ¿Por qué no salimos hoy?

Alonso: Hoy no, no puedo. Además... ¡No te pares tan cerca de mí!

María: ¿Por qué?

Alonso: Nos pueden ver, mejor ve a tu lugar.

María: ¡Ay oye! ¿Y eso qué importa? Ya todos lo saben.

Alonso: Pero en mi casa no. *(Toma papel sanitario de un cajón)* Voy a mi cubículo.

María: Alonso, ¿y de qué estás enfermo?

Alonso: ¿Yo? De nada. ¿Cómo crees? ¿Y por qué he de estar enfermo?

María: Bueno, es que estás muy pálido. Se te ha caído mucho el pelo. *(Suave)* Ya no tomes, Alón; te hace daño.

Alonso: No me fastidies María. Cuántas veces tengo qué decirte que aquí no somos nada. Es hora de que lo entiendas. *(Sale. Héctor, vuelve)*

María: Ya llegó Alonso, ¡pero *trai* un genio!

Héctor: ¿Podrías hablarle? *(Ella sale. Él revisa documentos)*

María: *(Entrando)* Dice que 'ai viene.

Héctor: Mary, ¿podrías hacernos un poco de café?

María: Sí.

Héctor: Oye.

María: ¿Qué?

Héctor: ¿Tú ya te hiciste el examen del sida?

María: No. ¿Para qué?

Héctor: ¿Cómo que para qué? Para que estés tranquila.

María: ¿Tranquila? ¿Pues a ti eso qué te preocupa? ¿Por qué, eh?

Héctor: No, no me preocupa; yo me siento seguro, pero lo digo por...

María: ¿Por qué?

Héctor: Por otras personas.

María: ¡Ah sí! ¿Y nomás yo te gusté?

Héctor: No solo me refiero a ti sino a... por ejemplo también a Alonso, ¿él ya se lo hizo?

María: Yo qué sé. Apenas me habla.

Héctor: ¿Y no te ha contado nada?

María: ¿Como de qué?, ¿del sida?

Héctor: Por ejemplo.

María: No. Te digo que ya últimamente no me dice nada y cuando habla de una cosa, ya después hace todo lo contrario. Ya no quiere ni verme. ¿Y tú qué sabes del sida, eh?

Héctor: Pues no mucho, pero más o menos.

María: ¿Y a poco sí es tan contagioso como dicen?

Héctor: Pues todo depende.

María: ¿De qué?

Héctor: De las personas. Oye, a propósito, ustedes cuando... ¿utilizan condón?

María: ¡Ay, qué preguntas!

Héctor: ¿Lo usan?

María: ¿Por qué andas tan interesado Héctor?

Héctor: Pues porque es una realidad. Bueno, ¿lo usan o no?

María: Pues a veces, pero él dice que no, que para qué.

Héctor: *(Irritado)* Debes exigirlo, nadie puede estar seguro. Corre peligro tu vida y la de todos.

María: ¡Ay! Ya te pusiste muy santito. A ver, ¿tú lo usas?

Héctor: ¿Yo? Desde que lo supe sí.

María: ¿Y antes?

Héctor: Pues no, no sabía. Pero Elena y yo siempre hemos sido responsables con el sexo.

María: Nosotros también. Pero además, esa enfermedad les da nada más a los "finitos" y a los que se drogan, ¿no?

Héctor: No. Cualquiera está expuesto al virus.

María: ¿A poco?, ¿también los normalitos?

Héctor: Sí. Y el otro día leí en una revista que también cuando se dona o se recibe sangre sin haberla analizado. ¿Tú no has donado?

María: Yo no. Y si algún día lo hiciera sería nada más a alguien que yo conociera; un pariente o... porque además entre familia...

Héctor: De todos modos pueden contagiarse las personas. *(Alonso entra)*

María: Voy por el agua. *(Toma las tazas y se va. Mientras sale, suena su celular y lo atiende)*

Alonso: *(Extrañado)* ¿De qué hablaban?

Héctor: De sida. ¡Oye! ¿Qué pasó, ya te hiciste el examen?

Alonso: No. ¿Pa' qué?

Héctor: ¿Ah, qué no vas a desengañarte?

Alonso: Ya deja mi vida como está, ¿no? Tú no eres quién para meterte en mis asuntos. ¿Para qué me hablaste?

Héctor: *(Va al archivo)* Para lo de los registros médicos del año pasado.

Alonso: ¿Qué tienen?

Héctor: No los encuentro.

Alonso: ¿Y para qué los quieres?

Héctor: *(Mirándolo)* Para tenerlos a la mano. Por si me hacen falta.

Alonso: No, no sé dónde puedan estar. Además, ¿por qué yo? Eso lo debe saber María.

Héctor: Pues no, ella no sabe nada.

Alonso: Entonces no hay tales.

Héctor: *(Acercándosele)* Alonso, ¿por qué estás tan raro? Andas bien crudo, ¿verdad?

Alonso: No, no tanto. He estado debilón, pero ya le voy a bajar al alcohol; es muy traicionero.

Héctor: Sí. No deja nada bueno el pasarse. *(María entra y deja las tazas)* Gracias Mary.

María: Voy por unas tarjetas, 'orita vengo. *(Sale, ambos la ven)*

Héctor: ¿Qué, ya no te gusta?

Alonso: Sí, pero ya no tanto. Quiero decir, cómo te diré... ya casi no me atrae.

Héctor: ¿Y tu esposa, cómo va? *(Le da una taza)*

Alonso: Bien. Dice que no siente ningún malestar, pero insiste en que vaya al examen, como si yo se lo hubiera pegado. A mí se me hace que ese examen que se hizo salió equivocado. La última vez que la vi estaba bien.

Héctor: No se tiene que notar nada, Alonso. Además hay gente que puede tenerlo y no se le manifiesta hasta después, y a veces tarda años.

Alonso: Ai'stá. Entonces a ella le va a surgir después.

Héctor: ¿Surgir qué?

Alonso: Pues las consecuencias.

Héctor: ¿Entonces estás seguro que no eres tú el responsable?

Alonso: ¿Cómo pude haber sido responsable si yo no sabía de eso?

Héctor: Porque no te has informado bien, y creo que todos debemos hacerlo. Por otra parte, tú ya sabías que habías tenido una enfermedad venérea, debiste haberte cuidado más.

Alonso: *(Enfrentándolo)* ¡Oye! ¡Oye! Pero si tú lo dices como si

yo tuviera ese virus bien metido y no es cierto. ¡Yo no tengo nada!

Héctor: Yo no te estoy acusando. Solo trato de hacerte ver que debe haber un comportamiento sexual responsable. ¿Qué no ves que esa es una medida contra todo?

Alonso: ¡Ajá! ¿Y el hábito de disfrutarla más?

Héctor: Es un mal hábito y hay que acabar con él.

Alonso: Pues tú te contradices compa. ¿Ya no te acuerdas de las competencias, cuando dizque tenías bajo control a las hermanitas Ruiz del Departamento de Control de Calidad que...?

Héctor: Sí. Pero yo me cuidaba con el condón. ¿No recuerdas que hasta siempre te los andaba regalando?

Alonso: Eso no es seguro. Ya ves que aun así hay viejas que hasta se embarazan, pero de todos modos voy a dejar de verme con las golfas. No traen nada bueno.

Héctor: Eso es lo que menos importa, lo bueno es hacerse el examen; yo ya lo decidí y sí me lo voy a hacer.

Alonso: Yo también, pero no por ahora. Ahorita tengo broncas más fuertes; me peleé con Cecilia y ya no vivo en la casa.

Héctor: ¿Y 'ora dónde estás?

Alonso: A veces me quedo con Xóchitl y otras veces en la cantina.

Héctor: Pero entonces, ¿la sigues viendo?

Alonso: Hace un rato y muy rápido, pero casi no, porque desde que me fui con mis cosas, ella me dio otras llaves y nunca se aparece. Pero sí va durante el día. ¡Oye Héctor! ¿Por qué no hacemos una cosa?

Héctor: ¿Qué?

Alonso: Mira, ya va para un mes que no nos reunimos aquí los sábados; vamos a juntarnos mañana; invito a Xóchitl y sirve que la sondeamos, ¿no?

Héctor: ¡Órale! No es mala idea.

Alonso: *(Urgido por salir)* 'Ai le dices a Pedro, ¿no? 'Orita vuelvo.

Héctor: Mmm… Mañana se va a poner buena la cosa. *(Marca en su celular. Espera y luego cuelga. Elena entra agitada. Va a un escritorio)* ¿Y ahora por qué tan tarde, eh?

Elena: Estuve ocupada. *(Guarda una carpeta en un cajón)* Tengo que hablar contigo.

Héctor: Pero antes tienes que saber algo. Alonso ya casi se convence de hacerse el examen. Lo que va a estar duro es que si lo incapacitan por la enfermedad, ya no va a trabajar por mucho tiempo y ganará menos y ni modo. Bueno, ¿qué me ibas a decir?

Elena: Nada. Ya no tiene importancia.

Héctor: Oye, ven.

Elena: ¿Qué?

Héctor: ¿No hay besitos pa'mí? *(Se abrazan)* ¡Uf! ya es re'tarde.
Voy a la sección médica, nos vemos al rato. *(Sale. Elena seria. Saca una botella de un cajón. Bebe)*

Apagón.

Tercera escena

Es sábado, mismo lugar. Alonso está inconsciente en uno de los sillones; cerca de él, su maletín. Pedro lee en voz alta otra de sus revistas.

Pedro: "El luchador Súper Síndico pronto contará con el apoyo de Batman Drag en su lucha contra los caseros voraces". ¡A caray! *(Xóchitl entra)* ¡Buenas, preciosa Xóchitl!

Xóchitl: Buenas, Pedro. ¿Tienes chupe?

Pedro: Sí. Atiéndete con confianza.

Xóchitl: *(Bebe de la botella)* ¡Uf! *(Mira la marca)* Están finos hoy. Y a éste, ¿qué le diste que se puso así?

Pedro: Éste ya no cuenta. Ven, vamos.

Xóchitl: No, párate; al rato. Estoy aquí porque Alonso me dijo que era urgente que nos viéramos y aprovecho para que me pague una lana que me debe.

Pedro: Pero si ya no reacciona. Vamos mientras se recupera, ¿no?

Xóchitl: Bueno, pero antes sírveme una. *(Alonso despierta de mal humor)*

Alonso: ¿Ya hace mucho que llegaste?

Xóchitl: No, apenas un rato.

Alonso: Qué bueno que viniste. *(Pedro se acerca con los tragos)* Pedro, ¿puedes dejarnos solos un momento?

Pedro: ¿Qué me queda? Pero no se tarden, ¿eh? *(Sale tambaleándose)*

Alonso: Te pedí que vinieras porque... *(Él, la toma por el cuello)* Porque eres una cochina que me infectaste y ahora mi mujer está contagiada por tu culpa. *(Ella logra zafarse y lo golpea en el bajo vientre. Él cae sofocado)*

Xóchitl: ¿Infectado? Mira, mira… conmigo te quieres desquitar. Estás loco si crees que soy culpable. *(Él logra sentarse con dificultad)* ¿A poco soy la única con la que te has metido?

Alonso: No la única, pero sí la más peligrosa.

Xóchitl: Mejor cállate, no sabes ni lo que dices.

Alonso: El caso es que mi mujer tiene sida y... yo también.

Xóchitl: Ese no es mi problema.

Alonso: Y hasta crees que solo debía ser tuyo; es un problema de todos.

Xóchitl: *(Bebe nerviosa)* Mira nada más, qué gracioso me saliste. ¿Y qué?, ¿qué pretendes?, ¿quieres que cure a tu mujer? ¡Nel! ¡Estás idiota! *(Entran Héctor, Elena y María, traen bebidas y botanitas)*

Héctor: Buenas, ¿cómo estás Xóchitl?

Xóchitl: Yo bien. Pero este imbécil está como operado del cerebro.

Elena: ¿Por qué?

Xóchitl: Dice que yo le infecté a su vieja.

Alonso: Ahora vas a saber quién soy. *(Se lanza contra ella, Héctor se interpone pero lo separa. Pedro vuelve recompuesto)*

Héctor: ¡Cálmate Alonso! Así no vas a arreglar las cosas. *(Elena llora histérica, María trata de calmarla y Alonso se desvanece de borracho)*

Pedro: No pasa nada Elena, cálmate. Lo que sucede es que ya está muy pedo. 'Orita se le pasa y verás cómo todo se tranquiliza.

María: ¡Ojalá! Porque desde ayer parece que *trai* al diablo adentro.

Héctor: Eso le pasa por excedido. A quién se le ocurre perderse en el alcohol y justo ahora que no encuentra la salida. Vamos a calmarnos para que él se tranquilice. Y tú, será mejor que te vayas de aquí Xóchitl.

Xóchtil: Yo me voy cuando me dé la gana, tú no me das órdenes, Pedro. 'Ora sí. ¿Vamos?

Pedro: Claro, ven.

Héctor: ¡Pedro! ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

Pedro: ¿Y qué? Yo sé lo que hago. *(Él y Xóchitl salen por la derecha. María ayuda a Pedro. Elena está tensa y Héctor la abraza)*

Alonso: *(Poniéndose de pie)* Ahora me las vas a pagar, maldita... *(Héctor intenta detenerlo)* ¡Tú no te metas! *(Toma el maletín)*

Héctor: ¿Qué vas a hacer? *(Alonso saca un revólver; Héctor lucha con él y se lo quita)* ¡No seas idiota!

Alonso: Deja echármela.

Héctor: *(Dejando el arma en la mesa)* Mejor te calmas o voy a tener que llamar a la policía.

Alonso: Todas son iguales. Quisiera matarlas a todas sin distinción. No han hecho otra cosa que pudrir al mundo.

Héctor: ¡Cálmate! ¡Cálmate! No lo tomes así. Si ella es culpable, ya pagará. Tú no eres nadie para ajusticiar así nomás. Piensa en tu mujer y tus hijos, mi compa.

Alonso: Todas son iguales, por eso se deben morir de una vez.

Héctor: Vamos, vamos Alonso; no te dejes llevar por el impulso. *(Trata de reconfortarlo)*

Alonso: ¿Verdad que yo no estoy enfermo?

Héctor: No.

Alonso: ¿Es ella la que debe ver a un médico, verdad?

Héctor: Sí, sí. Tú no te preocupes, para todo hay tiempo.

Alonso: Ella es la culpable, ¿verdad Héctor? Tú... tú tenías razón, ella originó todo esto. ¿Verdad que no estoy enfermo? Yo no me voy a morir, ¿verdad?

Héctor: No, no Alonso. Ya no pienses en eso. Mejor tranquilízate. *(La tensión baja. Héctor va con Elena, que llora)*

Alonso: ¡María! Tú lo sabes bien. Yo no tengo ninguna enfermedad, ¿no es así?

María: Nada de qué. ¿Por qué no te explicas mejor?

Alonso: Dime que no me va a pasar nada.

María: ¿Pasarte qué Alonso? *(Irritada)* Oye Héctor, ¿qué pasa?

Alonso: ¿Me vas a querer? Di que me cuidarás siempre.

María: Sí, sí, pero dime exactamente qué tienes.

Alonso: Ella sí, que se muera, al cabo que ya no tiene escapatoria. Mientras más pronto, que se muera, ¿verdad? *(Ríe)* Y todas las demás también.

Elena: ¡Basta! ¡Basta! Ya no aguanto más. El que se va a morir eres tú, infeliz.

Héctor: ¡Cálmate Elena! No compliques más las cosas.

Elena: Este desgraciado es el causante de todo. ¡Cobarde! Ni valor tienes de ir a comprobar lo podrido que estás también. Tú eres el culpable, ¡ojalá te mueras antes que yo!

Héctor: Pero tú Elena, ¿por qué?

Elena: Para que lo sepas de una vez. Yo fui a hacerme el examen poco después que me contaste lo de su mujer. Y salió positivo porque estuve con él. ¡Me infectó! ¡Me infectó!

Héctor: Pero cómo pudiste... Y ahora yo...

Elena: Tampoco ustedes están a salvo y todo por... *(Intenta golpear a Alonso, quien gime refugiado en el sillón)*

María: No. Déjalo, no le hagas nada.

Elena: *(Desesperada)* ¿Pero cómo puedes ser tan estúpida?

Héctor: ¡Cálmate! ¡Tranquilízate ya!

Elena: ¡Vámonos, vámonos de aquí!

Héctor: No. 'Pérate. *(Ella sale, él la sigue. Afuera tienen una discusión. Alonso se incorpora, toma la pistola y se dirige al lado derecho)*

María: ¿Qué vas a hacer? No vayas a cometer una estupidez. *(Alonso empuja a María)*

Alonso: Déjame, yo sé lo que hago.

Entra a la puerta de la derecha; se escuchan golpes y empujones; luego un disparo. Héctor entra de nuevo y Elena lo sigue. Pedro aparece semidesnudo y empuja a Alonso que sangra de una pierna. Elena marca en su celular, luego habla en voz baja. Héctor y Pedro acuestan a Alonso en el sillón. Xóchitl, con poca ropa también, le entrega algunas prendas a Pedro y ambos terminan de vestirse. Estos salen por la izquierda y Elena se queda ensimismada.

María: ¿Qué vamos a hacer, Héctor?

Héctor: Llevarlo al médico. ¡Elena! ¡Elena!

Elena: Yo te amo, te lo juro.

Héctor: Yo también. Ven, yo te quiero mi amor, quédate aquí conmigo, abrázame. *(Alonso gime)* Cálmate Alonso, solo necesitas atención médica. Atención médica... todos vamos a necesitar ayuda, nos vamos a... no debemos perder la calma. Mary, lo vamos a ayudar.

María: Sí, por supuesto. Pero dime… ¿yo...?

Héctor: También. *(María se impresiona y se sienta; luego se acerca al herido con compasión)* Pero si cambiamos de vida, si nos cuidamos, si... podemos prolongar la vida y, no sé, comer bien, cuidarnos mucho y... nos ayudaremos Elena. Una vida distinta, con optimismo y mucha atención médica... y Dios... sí, Dios...

(Ellos se toman de las manos y Alonso ya no se queja. Mientras Héctor balbucea, se escucha una sirena, la luz disminuye y la música invade la escena) Apagón.

La petición

Personajes
Don Armando
Deborah
Adolfo
Bobby

Primera escena

En el área izquierda hay un par de sillones diferentes, mesa de centro con teléfono y al fondo un pasillo que da a las habitaciones de la casa. En el lado derecho, cerca del proscenio, se ubica una mesa grande usada como bar, con sus sillas. Al fondo a la izquierda un tocador con objetos, un espejo y una silla. Sobre la pared y a la derecha, una ventana a la calle y más a la derecha está otro pasillo que conduce a la puerta de una recámara emergente, frente a la salida. Deborah mira unos instantes por la ventana; es joven y atractiva. Luego se retira por el pasillo derecho. Don Armando, maduro y de complexión delgada, viene por el pasillo de la izquierda, vestido totalmente de mujer. Sus movimientos son inseguros, tropieza y se desespera. Llega con dificultad al tocador. Vuelve a caerse.

Armando: ¡Deborah, Deborah! Por favor, hija.
Deborah: *(Volviendo del pasillo)* ¿Qué sucede?
Armando: No puedo. Es inútil. ¡Horror, horror!

Deborah: ¡Ay, papi! Cómo se te ocurre. ¿A quién quieres impresionar?

Armando: Primero ayúdame a ponerme en pie.

Deborah: A ver, ¿y quién te puso así? ¡Uy, te ves bien!

Armando: ¿Bien qué?

Deborah: Bien *chic*, papi. Dime una cosa: ¿Saliste así a la calle?

Armando: ¡Ay no, cómo crees! *(Pausa)* Me ayudó Flor. Aquí estuvo cuando... oye, te oí llegar pero, ¿dónde te metiste?

Deborah: Es que entré muy apurada y... bueno, ¿por qué te puso así Flor?

Armando: Estoy ensayando. Quiero aprender bien. Solo que...

Deborah: ¿Qué?

Armando: Aún no puedo caminar.

Deborah: ¡Ay, papi! Eso no se aprende tan pronto. Necesitas...

Armando: Tú me ayudarás, ¿verdad?

Deborah: Bueno sí, ¿y por qué te urge tanto?

Armando: No es urgencia. Nada más que, si no ensayo, no sé cómo voy a vérmelas en el Desfile del Orgullo Gay mañana.

Deborah: *(Retirándose)* ¡Ah sí! Mañana.

Armando: ¡Ay! ¿Y si nomás hago el ridículo? Tienes que ayudarme, hija. A ver, vamos a comenzar.

Deborah: Pero primero debes ser tú en todo lo que traes, luego estar recto.

Armando: ¿Recto?

Deborah: Sí. Y muy digno. Mira.

Armando: Pues se ve fácil pero yo...

Deborah: Eres muy poco valiente para eso.

Armando: ¿Muy poco valiente yo? Pero, ¿cómo puedes decirme eso? A mí que he sido madre y padre...

Deborah: No me refería a eso, pa.

Armando: ¿Entonces?

Deborah: Quiero decir... es, es tu disposición a sentir que tú puedes si quieres.

Armando: Pero es que no es tan fácil. Y no quiero seguir cayéndome. Tú me vas a ayudar, ¿verdad?

Deborah: Bueno sí, mas... *(Intenta mirar hacia la ventana)* Verás: por ahora no es posible.

Armando: ¿Qué?

Deborah: Papi, me había olvidado decírtelo.

Armando: ¿Qué cosa?

Deborah: Está por llegar Adolfo y... ¿cómo vamos a hacerle?

Armando: ¡Un momento! ¿De quién me hablas? ¿Por qué te pones así?

Deborah: Es que... viene Adolfo, tú sabes de él. Viene para hablar contigo acerca de nosotros.

Armando: ¿De mí también?

Deborah: No. De él y yo.

Armando: Ah, ¿y Bobby?

Deborah: No me hables de él.

Armando: Y tú no me hables de ese *Horrolfo*.

Deborah: ¡Adolfo, papi! Ya lo conocerás. Por favor no lo tomes así. Él no es ni representa nada malo. Y además tú no estás muy presentable que digamos.

Armando: ¿Y si lo recibo así? Claro, sin moverme de mi sitio.

Deborah: ¡No!

Armando: *(Ante el espejo)* A mí me gusta así.

Deborah: Lo sé. Pero no por ahora. Mira, vamos a quitarnos un poco de pintura y...

Armando: ¡Óyeme no! ¿Tú sabes cuánto tiempo le llevó a Flor hacer esto? No, no lo permitiré. ¡Horror!

Deborah: Ándale, papi. Solo va a ser mientras él está aquí.

Armando: Pero yo no tengo que cumplir con ése.

Deborah: Papi, hazlo por mí. Ven, mira. (*Comienza a quitarle la pintura*)

Armando: ¡No, no! Déjame así.

Deborah: Ay, papi, ¿quieres que te enseñe a caminar como la mejor?

Armando: ¿Lo harás?

Deborah: Claro que sí. Pero pon algo de tu parte. Anda, límpiate la cara.

Armando: Vamos a borrar lo que Flor...

Deborah: Qué importa. Ya te enseñaré yo. *(Él gime)* No seas necio.

Armando: Bueno.

Deborah: Voy por ropa adecuada. Quítate bien todo el color.

Armando: Yo no sé cuál es la idea. ¡Horror al crimen! ¿Qué hice con mi cara? ¡Deborah, Deborah!

Deborah: *(Volviendo)* A ver, este juego te va bien, toma. *(Pausa)* Ve quitándote lo demás.

Armando: Ay, quiero estar así Deborah; no creo que ése sea tan importante. Aunque yo de los dos modos estoy...

Deborah: Ándele. Estamos tarde. *(Va a la ventana)* ¡Apúrate, papi!

Armando: Pero…

Deborah: No hay pero que valga. Ya verás cómo después yo te enseño a maquillarte, a caminar y a todo lo que me pidas. No necesitarás de Flor. Esa gandalla lo hace nomás para venir a chupar aquí y ni siquiera viene de traje.

Armando: ¿Tú crees? Dice que, si quiero, él sería mi maestro de belleza y...

Deborah: Quítate las medias por favor, papi. *(Armando obedece)* Pero así no. Rápido.

Armando: Es que así me enseñó Flor. Tengo que tener práctica.

Deborah: Todo.

Armando: ¡No! Me quedo con los calzones.

Deborah: ¿Por qué?

Armando: Porque así lo quiero.

Deborah: Está bien, está bien. Pero ponte esto ya.

Armando: Solo que con calma. *(Ella sale por un momento)* ¡Ay, este pantalón! Pero que ni se crea que yo... *(Suena el teléfono. Deborah entra apresurada)*

Deborah: ¿Sí, bueno? *(Cuelga, y de inmediato usa su celular y sale).*

Apagón.

Segunda escena

Mismo lugar. Ella en la ventana. Mira con atención y después, con gusto, se arregla en el espejo. Luego voltea hacia el pasillo izquierdo.

Deborah: Papi, papi, ven. *(Armando entra apurado)* Allí está pa, míralo.

Armando: Mmm… Pero yo no tengo nada qué hablar con ese tipo. ¿Qué es lo que le voy a decir? Además, ignoro todo lo que se relacione con ese tipo de uniones. ¡Me rehúso a tratar el asunto!

Deborah: ¿Por qué, si es una buena oportunidad para mejorar nuestra situación? Ven, siéntate, no querrás que nos quedemos de pobres, ¿verdad?

Armando: No me importa la situación económica. Además, nosotros no somos tan pobres, nos ayuda Bobby y...

no. ¡Definitivamente no! No lo puedo aceptar, Bobby se...

Deborah: A mí no me interesa Bobby. No tiene mucho qué darnos.

Armando: Sí que tiene; estás en un error, Deborah. Él sí tiene mucho qué darnos. Oye, ¿y no ha llamado aún?

Deborah: Ya deja de pensar en él. Lo importante es Adolfo. ¡Mira, ven! Es muy rico.

Armando: ¿Y ahora qué hace?

Deborah: Se faja y se faja el pantalón, él es así. *(Pausa)* Ándale, recíbelo y trátalo bien, ¿quieres?

Armando: Ay, hija. Igualita a tu madre.

Tocan a la puerta. Deborah abre. Adolfo entra. Él viste elegante y es poco atractivo; no es muy alto y su arreglo delata uno de esos ricos a quienes les falta mundo.

Adolfo: Buenas noches.

Deborah: ¡Hola, bombón! ¡Ay, papacito! *(Besos y caricias)* ¡Qué rico estás! Pásale, pásale...

Armando: Venga a la mesa, siéntese usted por favor.

Adolfo: Gracias.

Deborah: Voy por más hielo.

Armando: ¿Gusta un trago?

Adolfo: Sí, me vendría bien. *(Pausa. Ambos beben)*

Armando: Y bien, joven, ¿cómo se llama usted?

Adolfo: Adolfo, señor.

Armando: ¡Ah! Y así nomás, ¿Adolfo?

Adolfo: Bueno, no. También Soto.

Armando: ¡Ah! ¿Es usted de la familia de los Soto?

Adolfo: *(Asustado)* Sí señor, ¿los conoce?

Armando: No precisamente... Soto, Soto, ¿de los Soto Solís?

Adolfo: No.

Armando: Dígame: ¿Su padre es miembro del Club de Estéticas Unidas?

Adolfo: No, señor.

Armando: Entonces, ¿no es de la familia que yo pensé?

Adolfo: No, no soy. *(Bebe nervioso)*

Armando: Y eso, ¿cómo lo sabe usted?

Adolfo: No, señor, yo no lo sé.

Armando: *(Mirándolo con atención)* Ajá, sí.

Adolfo: Así es que, don Armando, en resumidas cuentas no es esa familia. Mire, yo...

Armando: Lo supuse desde el principio. *(Va al espejo contoneándose, luego se revisa un lagrimal)*. ¡Ay! ¡Esa Flor! Le dije que en los ojos tuviera cuidado. ¿Y qué le decía?

Adolfo: Este... era... algo que usted suponía y...

Armando: ¡Ah sí! Pues, cómo le explico; usted no sabe lo que es eso de las corazonadas.

Adolfo: ¿Puedo servirme otra?

Armando: ¡Pero claro! Siéntase como en su casa.

Deborah: *(Volviendo con el hielo)* Oye papi, Adolfo está aquí por…

Armando: Mira hija, ¿por qué no buscas en mi habitación una de esas botellas que me trajeron de Holanda? La ginebra.

Deborah: Pero…

Armando: Anda, nada te cuesta. Está en la mesita-bar, ¿sí?

Deborah: Bueno. *(Se retira)*

Adolfo: Sabe bien esta, ¿eh?

Armando: Es un vodka polaco de los más exquisitos. ¿Ha probado usted el brandy suizo?

Adolfo: No estoy seguro, ¿cómo es?

Armando: Mire, aquí está. Pero deje esa copa, le sirvo un brandy.
Adolfo: Pero no es inadecuado cambiar de… ¿Qué era el otro?
Armando: Pisco del Perú. No le pasa nada. En el probar está el elegir, ¿no lo cree usted?
Adolfo: Bueno, eso es cierto. *(Pausa)* ¡Oiga, sabe bien!
Armando: Totalmente importado. Es pura calidad.
Adolfo: Por lo que veo, usted sí sabe de bebidas. ¡Salud!
Armando: ¡Salud!
Adolfo: ¿Y por qué tiene tanta bebida?
Armando: Es mi *hobby*.

Ambos beben, luego Armando se emociona con su propia plática pero un tema musical impide escucharla. Armando se acerca muy amistoso al visitante. Conversan y beben. Apagón.

Tercera escena

Adolfo está ahora sentado en uno de los sillones. Al fondo del pasillo izquierdo se oye discutir a Deborah y don Armando. El visitante bebe y se muestra muy animado. Armando entra con una botella, vasos… y Deborah deja un álbum en la mesa grande.

Armando: Encontré este whisky escocés que le va a encantar, Adolfo.
Adolfo: Cómoda casa, ¿eh?
Armando: No es un lujo pero...
Deborah: Pero puede serlo, papi.
Armando: Pues yo no diría que...
Deborah: Nosotros estamos bien pero podríamos estar mejor.

¿No crees, papá? *(Armando sirve tragos a todos. Los tres beben, brindan y se sientan en la mesa grande)*

Armando: Yo soy de la idea de que... *(Se siente incómodo con su ropa)* Y considerando que cambian los tiempos, debemos...

Deborah: Conformarnos, ¿no, papá? Porque...

Armando: Pero, ¿por qué no me dejas hablar de una vez, hija?

Adolfo: Tu padre tiene razón, Deborah. Déjalo hablar.

Armando: Gracias, joven. Después de todo usted me cae bien. Prometo que volveremos a tomar la conversación de los Soto.

Adolfo: ¿Cuáles Soto?

Armando: Los que hablábamos.

Adolfo: ¿Los míos o los…?

Armando: Los Soto.

Adolfo: ¡Ah, sí!

Armando: Usted lo recuerda, ¿no?

Adolfo: Sí, sí. Los Solís.

Armando: No. Los Soto.

Adolfo: Por eso, los Soto Solís.

Armando: Efectivamente, es gente de muchos estudios. Oiga, se ve que usted es muy educado, ¿no?

Deborah: ¡Papi!

Adolfo: *(Emocionado)* Para servirlo señor.

Armando: No necesita ser usted tan formal.

Adolfo: Me lo enseñó mi papá, señor. Verá, mi visita es por...

Suena el celular de Armando y va a sentarse a un sillón.

Armando: *(Contestando)* Sí. ¡Bobby! *(Pausa)* ¿Dónde estás?

Deborah: Ven conmigo Adolfo. Te voy a enseñar algo. *(Se dirigen a la mesa central)*

Adolfo: ¿Son fotos, tuyas?

Deborah: Sí, mira...

Armando: *(Aún en el teléfono)* Bueno pero creí que te había pasado algo. Espera, no, no. Lo digo por mí... ¿Ella? Bien...

Deborah: Aquí está mi papi en Europa, ¿ves? Era un forro, ¿no? Bueno, de hecho es mi padrino, pero yo le digo papi desde que nos dejó mamá.

Adolfo: Y ahora, ¿dónde está ella?

Deborah: Con mi papá real, en el cielo. Mira, este es el más simpático de los novios que tuvo mi mami.

Adolfo: ¿Tú lo conociste?

Deborah: Sí. Y por mucho tiempo, venía casi a diario.

Adolfo: ¿Y estaba tu papá?

Deborah: ¡Claro! No se iba a ir él, ¿o sí?

Adolfo: Quién sabe. *(Nervioso)* Mi... mi papá dice que... es decir... Eso lo tendría que ver.

Deborah: ¿Quién, tu papá?

Adolfo: No. ¡Yo!

Deborah: ¿Y por qué lo dijiste como si fueras él?

Adolfo: ¿Yo?

Deborah: ¡Sí, tú!

Adolfo: No. Te lo habrás figurado.

Deborah: ¿Sí? *(Lo abraza. Se acarician)*

Armando: *(En el teléfono)* Pero ven ya, ándale. Sí, yo te preparo el baño como te gusta... No te preocupes. Está aquí el susodicho... Ay no... Sí... Forradito de... Entonces entra ya... Pero ya ves cómo es ella. Por supuesto que no. ¿Vienes ya? Se lo diré, pero ya sabes cómo es... está bien, está bien. Ay, no lo digas así. Bueno, a mí sí, pero a ella no. Ándale, pues. *(A Deborah)* Deborah, es Bobby,

quiere preguntarte algo. *(Deborah toma el teléfono y se aleja al pasillo derecho)*

Adolfo: ¿Quién es Bobby?

Armando: Su... casi su hermano. Mire, ¡cuántos recuerdos!

Adolfo: ¿Y vive aquí también?

Armando: Sí. Aunque a veces trabaja tanto de noche que... Ay, mire, ¡Ernestito! ¿Qué se habrá hecho él? Hace mucho que no viene. ¿Y a usted le gusta amanecerla?

Adolfo: Pues… *(Bebe)*

Armando: Apuesto a que le gusta a veces ser el alma de la fiesta.

Adolfo: Pues no... no tanto

Armando: Entonces es un levantador de borrachos.

Adolfo: *(Mareado)* Pues a veces.

Armando: Lo sabía. Venga, deme su mano; vamos a buscar algo en la cocina. *(Ambos se retiran)*

Deborah: *(En el teléfono)* Pero yo no necesito que tú me lo digas. Ya no estoy a gusto contigo, Bobby. No voy a vivir siempre así. Contigo no hay nada seguro. Sí, sí. Yo también. ¿Quién habla de eso ahora? Yo lo digo por... Piensa lo que quieras. Soy capaz de irme... No estoy de acuerdo... lo que no piensas es... no hay oportunidades como esta. Yo estaría cerca... bueno, es que yo... yo... ¿No lo entiendes? Me vale. *(Cuelga)*

Apagón.

Cuarta escena

Armando y Adolfo entran cada uno con una botella. Vuelven de la cocina, el invitado se engolosina con la bebida.

Armando: Ven, hija, acompáñanos. Tomen sus copas.

Todos: Salud, salud. *(El teléfono de casa suena, Armando atiende)*

Armando: ¿Sí? ¡Carlos!... Por puro olfato...

Deborah: *(Lleva a Adolfo hacia la mesa grande)* ¿Ya se lo dijiste?

Adolfo: No me ha dado tiempo. *(Bebe nervioso)* Tu papá habla mucho y además...

Deborah: ¿Qué?

Adolfo: ¿No te parece por demás extraño?

Deborah: ¿Qué?

Adolfo: Él. Así como está.

Deborah: Ah, no. Así nació.

Adolfo: ¿Cómo?

Deborah: Pues como es.

Adolfo: *(Da un largo trago a la botella, luego decide servirse en un vaso)* De manera que así ha sido siempre.

Deborah: Que yo sepa, sí. *(Pausa)* Mira esa foto. Fue la primera vez que... me emborraché. ¿Y esta? ¡Ay no, no la veas! Me llevaban a dormir, es muy fea.

Adolfo: *(Con rudeza)* No, espérate. Mira esta. ¿Quiénes son esos que están allá atrás?

Deborah: ¿Cuáles?, ¿éstos?

Adolfo: Se están besando, ¿no? Y se parece a tu papá. ¿El otro quién es?

Deborah: ¿A ver? No... Aunque... Tal vez sí sea. Pero no se distingue muy bien.

Adolfo: ¡Pero es con un hombre!

Deborah: Pues sí, es de cariño. Es que tiene muchos amigos. *Deborah levanta a su enamorado y lo abraza con excitación y alegría.*

Armando: *(Aún en el teléfono)* Ay, no juegues. Imagínate. ¿Y quién te lo contó? ¡Qué desagradable, pero ya le tocaba! No, no podemos ir... Bueno... no, no. Se te agradece, Carlitos. *Okey*. Cuídese, *bay*. *(A Deborah y Adolfo)* Y bien, ¿están tomando?

Deborah: Salud. *(Pausa)* Con permiso. *(Sale)*

Armando: Pero siéntese usted.

Adolfo: Gracias.

Armando: *(Revisa la botella de Adolfo)* Y dígame, ¿usted qué hace?

Adolfo: Estoy empezando a llevar muchos de los negocios de mi padre.

Armando: Ah… *(Se le acerca)* Entonces está acostumbrado a tratar con hombres.

Adolfo: Sí. *(Vuelve a servirse)* Salud.

Armando: ¡Salud! Oiga, ¿y con toda clase de hombres?

Adolfo: Bueno, no. No con toda clase.

Armando: Salud.

Adolfo: Salud. ¿Dónde está Deborah?

Armando: Por allí. Verá usted. Me gusta su loción.

Adolfo: Gracias.

Armando: ¿A usted le gusta el ron?

Adolfo: Sí, pero prefiero el whisky.

Armando: Ajá. ¿Y le gustan las fiestas en grande?

Adolfo: No, no mucho.

Armando: ¿Pero sí le gustan?

Adolfo: Pues algo. *(Entra Deborah. Abraza a Adolfo)* ¿Dónde está el baño?

Deborah: Al final del pasillo.

Adolfo: Discúlpenme un momento.

Armando: Adelante, está usted en su casa. *(Sale Adolfo y se nota mareado)* Es tímido tu pretendiente, ¿no?

Deborah: ¿Te agrada?

Armando: Sí. Digo... bueno, no. Yo creo que no te conviene.

Deborah: ¿Tú también?

Armando: Sírveme una copa, ¿quieres?

Deborah: ¡Ay, papá!

Armando: ¡Uy! Me hubiera quedado con la otra ropa.

Deborah: ¡Papá!

Armando: Mira, Deborah, tú no tienes por qué humillarte para lograr lo que él pueda darte.

Deborah: Pero si no es una humillación. Además, yo quiero ser libre. Piensa bien en lo que dices.

Armando: Mira, puedes muy bien conformarte con Bobby. Él se puede quedar aquí, tú sabes que es su casa. Salud.

Deborah: Mira, papá, yo no quiero seguir ya con Bobby. Dile que se quede contigo, yo no tengo ninguna objeción. Y si tú no quieres que me junte con Adolfo es porque deseas que Bobby siga viviendo aquí, por eso estás en contra. Pero tú debes hablar con él y decirle que...

Armando: No me hables así. Si queremos tanto a Bobby es por... porque ya nos hemos acostumbrado y yo creo que es preferible a tener un desconocido que...

Deborah: Pero, si Adolfo no se quedaría aquí. Ay, papi, ya no sigas. No sigas, por favor. Casi adivino lo que vas a decirme y no estoy de acuerdo. *(Amistosa)* Mira, pa, no seas malito. Si Adolfo se va de aquí convencido de que tú estás de acuerdo, su papá va a llenarse de dicha y le va a dar toda la confianza a su hijo. ¿No ves que para él es un paso muy importante?

Armando: Y para ti también, ¿no? Mira, hija, todo eso yo lo entiendo.

Deborah: ¡Ay, papi! *(Feliz, bebe)*

Armando: Pero no contigo, Deborah. No bebas así de la botella, ¡trae acá!

Deborah: ¿Por qué eres tan egoísta, papá? ¿A ti no te gustaría cambiar de vida?

Armando: ¡Ay no, hija! Yo con esta me conformo; para qué ser tan ambicioso. ¡Venga acá, Adolfo! Su copa, joven.

Adolfo: Salud, don Armando.

Armando: Quítele el Don, quítele el Don, mejor vamos a tutearnos.

Deborah: Abrázame, corazón. *(Adolfo obedece, luego Deborah bebe)*

Armando: *(A Adolfo)* Hablas poco, ¿verdad?

Adolfo: Sí, se podría decir que sí. *(Bebe inseguro)*

Armando: Eso está bien.

Adolfo: Así es.

Armando: Como tú.

Adolfo: Si usted lo dice...

Armando: O como yo y muchos otros hombres.

Adolfo: Sí, como casi todos.

Deborah: Aunque no todos porque por ejemplo tu...

Armando: Yo nunca hablo más de lo necesario. ¿No te parece a ti, Adolfo? Salud.

Adolfo: Sí. Creo que sí.

Deborah: Porque no te conoce, pero si te...

Armando: *(Irónico)* Eso no es necesario, se ve a primera vista. Yo, por ejemplo, ¿qué te parezco, Adolfo? *(Deborah oye ruidos afuera y sale al pasillo derecho)*

Adolfo: Pues de verdad...

Armando: Si quieres, mejor guárdate la opinión.
Adolfo: Pues...
Armando: ¿Sí?
Adolfo: Pues yo...
Armando: Toma. Sírvete más. Se ve que eres muy claro, ¿eh? Y hasta pecas de sencillo.
Adolfo: ¿Usted cree?
Armando: Sin duda alguna.
Adolfo: *(Turbado)* Es que mi papá me... me...
Armando: ¿Me qué?
Adolfo: Me ha enseñado algunas cosas y...
Armando: ¿Y qué?
Adolfo: Pues nada más. Casi todos lo hacen, ¿no?
Armando: Eso sí. Muchos lo hacemos. Una copa más, salud.

Fuera de escena se escuchan las voces de Deborah y Bobby, y en poco tiempo ambos se quedan en el pasillo. Alcanzamos a ver a Bobby que es corpulento, moreno y se nota violento.

Deborah: Sí, sí, Bobby. Pero...
Bobby: Entonces hazlo.
Deborah: ¡No!
Bobby: Entonces le va a ir mal.
Deborah: Déjame. No seas así. ¿Cómo aquí?
Bobby: Así se va pronto. *(Bobby la toma del cuello con furia)*
Deborah: Oye, déjame.
Bobby: Te crees muy lista. ¡Ya basta!
Deborah: ¡No entres!
Bobby: *(Aparece en escena. Se nota ya ebrio; deja una botella de whisky*

en la mesa grande y se dirige con violencia a Adolfo) ¡Hey, tú! ¡Ven acá!

Deborah: *(Interponiéndose entre ambos)* ¡Bobby, por favor!

Adolfo: *(Mareado, se pone de pie)* Buenas noches.

Bobby: ¿Qué quieres aquí, eh? *(Derriba a Adolfo)*

Adolfo: Yo...

Armando: ¡Ay, no seas tan vulgar, Bobby! *(A Adolfo)* Tú no te apures, no le hagas caso. Ven Adolfo, siéntate aquí conmigo.

Deborah: ¡Bobby, vente para acá! *(Lo abraza seductora)* ¿Oye, qué te pasa?

Bobby: No quiero que te burles así de mí. *(Bebe de su botella)*

Deborah: ¿Cómo?

Bobby: Trayéndolo aquí.

Deborah: ¿Y qué tiene? Esta es mi casa.

Bobby: De todos modos. No voy a dejar que te vayas con él. *(La estruja con violencia)*

Deborah: No seas exagerado. ¡Y no me jales así!

Adolfo: ¿Qué le está haciendo?, ¿qué está pasando? *(Se nota ebrio, trata de mirar pero Armando lo lleva al sillón grande; allí lo aprisiona aprovechando que el visitante ya se ve borracho e indefenso)*

Armando: Tú no veas, quédate así.

Bobby abraza a Deborah con fuerza y hablan frente a frente.

Bobby: *(Dando un largo trago a su botella)* ¿Quieres que se sepa?

Deborah: ¿Qué?, ¿lo tuyo con mi papá?

Bobby: No. No te hagas.

Deborah: ¿Qué? ¡Ya! ¡Me estás haciendo daño!

Adolfo: ¡Deborah! *(Mareado e imposibilitado)* Acuérdate que yo te quiero.

Bobby: ¿Quieres que le diga a este idiota con quién has estado antes que conmigo?

Deborah: ¡Mira quién habla! Mejor cállate. Tú no eres quién para...

Bobby: Eso lo vamos a arreglar allá adentro.

Adolfo: ¡Deborah, yo te...! *(Armando evita que se ponga de pie y le conversa cosas al oído)*

Deborah: ¡No! Suéltame. ¡Papá, haz algo con tu niño! ¡Ya, Bobby, no me toques así! ¡Ay, ya! *(Bobby la lleva al pasillo del lado izquierdo donde ya no son vistos)*

Armando: No, déjalos. Es inútil, ni te les acerques. Ellos son así siempre. Ahorita discuten un poco y al rato ya están otra vez felices.

Adolfo: ¿Felices dice usted?

Armando: Sí. No podría llamarlo de otra manera. Pero no te inquietes, cálmate. Salud. *(Beben y Adolfo ya se ve confundido)* Tú, ¿por qué eres tan reservado? Déjate querer, hombre. ¿Por qué eres tan poco expresivo, eh? ¿Una copa más?

Adolfo: Una copa más.

Armando: Entonces, ¿por qué eres así, eh?

Adolfo: Pues porque... porque no soy muy sociable, dice mi papá.

Armando: ¡Ah, muy bien! ¿Y por qué no trajiste a tu papá?

Adolfo: No pudo venir. Yo le dije que...

Armando: ¡Ay, pobre de ti! Te duele aquí el golpe. *(Abraza al visitante y se da el apagón)*

Quinta escena

Esta escena pasa con el escenario totalmente oscuro. Primero se oyen ligeros sonidos de respiración nerviosa en la sala, luego se escucha a Bobby y Deborah que aún continúan de pie en el pasillo izquierdo.

Deborah: Ese es mi problema.
Bobby: Pero yo decido.
Deborah: Estás mal.
Bobby: ¡Ven acá!
Deborah: No. No me toques así.
Bobby: Ya, tranquila. Yo sé lo que te conviene.
Deborah: ¿Tú?
Bobby: No te burles. Fíjate bien lo que prefieres.
Deborah: No sigas, no sigas.
Bobby: Bésame pues. *(Pausa)*
Deborah: ¡Ay, Bobby! ¡Mi Bobby! ¡Aquí no mi rey!
Bobby: Déjate querer mi vida.
Deborah: ¡Ay, mi amor!
Bobby: Bien, así. Al cabo que nos gusta, ¿verdad? *(Se oyen gemidos, luego música)*

Sexta escena

Es de día. Adolfo despierta en el sillón. Se encuentra con el cierre de su pantalón abajo y de inmediato recompone sus ropas. Mira a todos lados y trata de hilar las ideas; se pone en pie y cae al suelo. Siente dolor en su cabeza y se sienta en la mesa grande. Allí bebe un trago de una botella. Al poco rato mejora, piensa en el lugar en que está. Toma la botella y se acerca a la ventana, bebe y aparece por la izquierda Armando, vestido para salir.

Armando: *(Se acerca al visitante y lo abraza)* ¿Cómo amaneciste?

Adolfo: *(Bebe el final de la botella, lo mira extrañado y con dudas)* Creo que bien, aunque me duele todo el cuerpo; ese Bobby pega fuerte. ¿Y Deborah?

Armando: Creo que por ahí. Ven, siéntate aquí y relájate. Hoy vamos a ir al Desfile del Orgullo Gay. ¿Te interesa ir?

Adolfo: No, no me gustan los desfiles.

Armando: Va a ser sensacional; siempre me impresionan esos eventos. Luego iremos al café de nosotros. *(Sirve copas para ambos)* ¡Salud!

Adolfo: Salud. *(Mareado)* Me parece que ayer fue un día muy ruidoso.

Armando: Así es, sí. Oye, y viéndolo bien, ¿a ti te gusta frecuentar los bares por las noches?

Adolfo: No.

Armando: Yo podría recomendarte algunos que...

Adolfo: ¿Que qué?

Armando: Pues que podrían ayudarte a despejar la mente y a hablar con más libertad que ahora. *(Lo acosa suavemente)*

Adolfo: No se propase, Armando.

Armando: Pero si solo son cariñitos, como buenos amigos.

Adolfo: No va por ahí. *(Se pone de pie y le cuesta moverse)* Este mareo no se me quita. Si no fuera porque yo a Deborah la...

Armando: Olvídate por ahora de eso. Mejor háblame de tu papá. ¿Se ve joven todavía?

Adolfo: *(Ebrio)* ¿Qué? Pues no sé. Yo quiero demostrarle a él que yo... que ya... que soy... es decir que yo pude venir aquí y...

Armando: Sí. ¿Y qué más?

Adolfo: Y... nada más.

Armando: ¿Eso es todo?
Adolfo: Sí.
Armando: ¿Y ahora qué le vas a decir a tu papá?
Adolfo: Que... que estuve aquí.
Armando: Bien. Y eso le va a agradar mucho, ¿verdad?
Adolfo: No sé, tal vez.
Armando: ¿Tú lo crees?
Adolfo: Puede ser.
Armando: Confío en Dios que sí.
Adolfo: Yo también. Oiga… *(Dolido y confuso)* Si bien recuerdo, yo venía a pedirle que dejara a su hija…
Armando: No, mi hija no.

Bobby aparece en el pasillo pero no se deja ver. Está recién bañado, pero en pants. *Los escucha hablar.*

Armando: En verdad, Deborah todavía es de mucha utilidad aquí.
Adolfo: ¿Lo ve usted? Ahora no sabría cómo enfrentar a mi papá.
Armando: Sin embargo, algo se puede hacer por la felicidad de ella.
Adolfo: ¿Sí, qué es?
Armando: Yo podría…
Bobby: *(Interviniendo en la escena)* Yo podría rentártela, al cabo que a un animal como tú no le pueden durar mucho las cosas.
Adolfo: Yo no estaría dispuesto a esos manejos.
Bobby: Entonces, ¿qué es lo que quieres?, ¿llevártela para siempre?
Adolfo: Yo no quiero jugar. Ni con los sentimientos ni con las personas.

Armando: Creo que eres muy joven, Adolfo, y aún no te das cuenta de la realidad en la que existes.

Adolfo: Yo sé que la quiero a ella, don Armando.

Bobby: Tú no me la vas a quitar así nomás. Primero pasarás sobre mí.

Adolfo: Ella no te pertenece, ella desea que…

Bobby: Ella es mía, inservible. Tú no vas a cambiar aquí las cosas.

Bobby lo ataca, Adolfo se refugia en el sillón ante la superioridad de su agresor. Éste, después de golpearlo un poco, le quita el saco y le destruye la camisa de forma violenta. Adolfo se muestra entre inconsciente y muy mareado.

Armando: Ya Bobby, es suficiente. *(Adolfo permanece en posición fetal y se nota adolorido)*

Bobby: ¿Qué es lo que se cree este pendejo?

Armando: Vamos, cálmate mi Bobby. Lo mejor es que te calmes. Vamos para ayudarte a escoger tu ropa.

Bobby: Ahorita. Deja nada más chingarme al gandalla éste.

Armando: De nada sirve, no pierdas tu tiempo. Mejor vamos a terminar de prepararnos para el desfile. Ándale, ven.

Deborah: *(Entra y deja su bolsa en la mesa central)* ¿Qué pasa? ¡Adolfo! ¿Qué tienes? *(A Bobby)* ¡Qué le hiciste, estúpido!

Bobby: Ya, ya, solo le di unos jalones para que se le quite lo necio.

Armando: ¡Deborah! No exageres y ya déjate de niñerías.

Deborah: ¿Niñerías? ¿A eso le llamas así? ¿Y las locuras de este ojete?

Bobby: Yo no soy un ojete, babosa. Mejor saca a tu títere de aquí.

Armando: Sí Deborah, lo mejor es que ya se vaya Adolfo.

Deborah: Pero es que no se puede ir así. Dejen que se recupere al menos.

Armando: Ven Bobby, vamos a alistarnos.

Bobby: Tienes razón. *(A Deborah mientras se lleva abrazado a Armando)* Y al terminar no lo quiero ver aquí, ¿me entendiste?

Armando: Ven, ya deja eso. Cálmate, cálmate mi rey. ¿Te duele tu mano?

Bobby: Un poco.

Armando: Yo te curaré.

Deborah: *(A Armando)* Yo lo llevo, luego nos vemos allá o en el café.

Armando: Sí claro. Ven Bobby. *(Salen)*

Deborah comienza a reanimar a su invitado. Lo ayuda a ponerse en pie y Adolfo la abraza y besa con efusividad.

Deborah: ¿Dónde te duele?, ¿en el hombro?

Adolfo: Sí. Y la cabeza también.

Deborah: Pobrecito. ¡Mira nada más cómo te dejó!

Adolfo: Deborah, ¿tú me quieres?

Deborah: Sí pedacito, pero es mejor que no volvamos a vernos aquí.

Adolfo: Yo solamente traté de pedirle a tu papá…

Deborah: Ya no pienses en eso.

Adolfo: Es que mi papá…

Deborah: Mira Adolfo, ¡no me hables de eso ahora!

Adolfo: ¿Qué?

Deborah: Mira, mejor déjame ayudarte con un poco de masaje.

Ella toma el saco de Adolfo; lo abraza muy excitada y lo lleva hacia el pasillo derecho. En poco se oye que entran a la recámara. Luego ambos se escuchan muy emocionados y ella hasta se ríe. Enseguida ella sale apresurada de la recámara, toma su bolsa, se retira y alcanzamos a ver que abre la puerta de la calle; vuelve a la recámara y escuchamos que ambos se excitan. Al poco rato ella le pide que guarde silencio. Finalmente aparecen Bobby y Armando por la izquierda. Ellos reparan en la escena vacía, luego se toman del brazo y salen por la derecha cerrando con llave la puerta principal.

Apagón.

La silla rodante

Personajes
Remedios
Diego

Voces incidentales

Representada en la Ciudad de México en el 2000
y en la ciudad de Chihuahua en el 2013.

Primera escena

La acción se desarrolla en la habitación de Diego. Al fondo de la pared izquierda está ubicada la puerta de la calle, esta tiene una ventanita arriba. El exterior es el final del pasillo que viene de fuera. Hacia la izquierda de la puerta hay una mesa con objetos; su espejo y una silla. Enseguida está la ventana. Del lado derecho, en el rincón, está la cama; a su lado izquierdo el buró y cerca del rincón existe un baúl lleno de ropa desordenada. En el centro del escenario hay una mesa con dos sillas.
La habitación aparece en penumbras, música suave, cambiante y constante. Luego la luz se enciende y todo parece normal.
Apagón.

Al volver la luz aparece una silla de ruedas al lado derecho de la mesa central.
Apagón.
Cuando vuelve la luz, Diego está sentado en la silla rodante, serio y con la mirada perdida.
Apagón.

Al volver la luz, se encuentra Remedios en el lado izquierdo; deja una jaula en el suelo. Ellos permanecen estáticos hasta que termina el tema musical.

Remedios: ...inmediatamente, yo le dije: "Pero don Carlos, no debería usted molestarse".

Diego: ¿Y qué es lo que él le dijo?

Remedios: *(Imita)* "¡Ah pero si no es, señorita Remedios, una molestia!". Me dijo con una voz entrecortada mientras trataba de retener una carcajada. "¡Entonces Dios le dé más! ¡Es usted muy amable!", le dije un poco desconsolada porque yo sentí que se quería reír, pero había algo que se lo impedía: "sus principios", pensé yo. Enseguida se alegró y tocándome la cintura dijo muy cerquita de mí: "Me gustaría visitarla, Señorita Misterio". Yo me zafé como pude, pero no porque me asediara así sino por el olor de su cuerpo a cebollas y limones, además de que esa clase de hombres nunca me ha parecido en lo más mínimo interesante. *(Pausa)* Le dije que eso iba a ser imposible. Recogí la jaula con el pájaro y me alejé por los pasillos del mercado mientras la señora Gómez me miraba con sus ojos de foca; después escuché carcajadas entre los demás vendedores.

Diego: Eso significa que él es un majadero.

Remedios: Naturalmente. *(Arregla un poco la habitación)* Me hubiera gustado decírselo pero seguramente se habría reído en mi cara, como lo han hecho los demás. Son unos irrespetuosos, pasan la vida pensando que una es como ellos. Y como me ven sola, se figuran lo peor. He intentado ignorarlos, me resulta inútil; es una tortuosidad que cansa con el tiempo.

Diego: Remedios...

Remedios: *(Va a la ventana)* A pesar de todo, este es un buen día... en el camino encontré a los ancianos Robles, que como siempre se mostraron sonrientes... ellos me respetan, eso es muy bonito; sin embargo, al llegar a casa, allí estaban las vecinas, vigilándome... como si mi presencia causara peligro o estuviera condenada. Cuando terminé de subir las escaleras, me quedé suspendida por un momento...

Diego: ¡Remedios!

Remedios: ¿Sí?

Diego: ¿Sabe dónde está el maletín donde guardo las cartas?

Remedios: ¿Qué cartas?

Diego: Las mías, por supuesto.

Remedios: ¿Las que tienen timbres o las que no los tienen?

Diego: Desde luego que todas.

Remedios: *(Va al espejo)* Yo solo recuerdo las que no llevan timbres.

Diego: ¿Por qué?

Remedios: Porque las otras no son necesarias.

Diego: Pero para mí son importantes.

Remedios: ¿Todas?

Diego: Eso depende de los contenidos.

Remedios: Las que tienen timbres no contienen nada en absoluto, salvo cosas muertas y mentiras sin importancia alguna.

Diego: ¿Y eso cómo lo sabe usted?

Remedios: ¡Ah, ya ve! Admite usted que son cosas sin importancia.

Diego: Yo no quise decir eso.

Remedios: Olvídelas. *(Pausa)* ¡Pero qué descuidado tengo el cabello! Ha de ser a causa de la falta de claridad. ¿Sabe usted cuántos días hace que no se asoma el sol? Ya va para una semana.

Diego: Remedios, el sol no me importa, lo que yo quiero saber es del maletín y de las cartas.

Remedios: ¡Ah sí! Ya lo recuerdo. Pero no sé por qué lo había olvidado. *(Va al buró)* Aquí debe estar. *(Pausa)* Tal y como lo supuse. *(Se sienta en la cama con el maletín)* Diego Ramos... Diego Ramos... Diego Ramos... *(Él se acerca, toma el maletín y ella va al espejo)* ¡Ay, pero qué pelos!

Diego: Faltan.

Remedios: No puede ser, yo misma las he puesto todas ahí.

Diego: Pues no están las que llevan timbres.

Remedios: ¿No? *(Se acerca)* Será que esas no tenían importancia y usted mismo las rompió.

Diego: Yo no haría eso.

Remedios: ¡Ay pues yo sí! ¿Eh? ¿De qué sirve tener cartas que contienen tan solo palabras vacías, llenas de órdenes y avisos? *(Pausa)* ¿Quiere que lea alguna? *(Él guarda silencio)* ¡Tomaremos una al azar! ¿Qué le parece? ¡Esta! *(Lee)* Diego: "Su ausencia me ha trastornado por completo. He caído en un abismo en el que ya ni siquiera sé quién soy. No ha dejado de llover y siento que me derrumbo por dentro. Ayer, por ejemplo, no cesó la lluvia ni un momento y hoy parece que será lo mismo. Mi madre ha vuelto a encerrarme porque teme

que huya de nuevo. Yo le dije que no me iré. La última vez me perdí... *(Pausa)* se aprovecharon tanto de mí que... quedé hecha un harapo... no volveré a salir de casa, se lo juré. Allá afuera todo es terrible. Y hasta le he dicho que no saldré a menos que lo haga con usted. Tengo la confianza de que usted sí me comprenderá y me contestará. ¡Yo lo veo tan solo! A usted nadie lo visita; ¿será porque casi nunca está?". Diego: "En mi carta anterior le pedía perdón por haber entrado a su departamento, mi madre no se dio cuenta, ni siquiera los inquilinos. Incluso, ¿sabe? He sacado la llave del llavero que la portera tiene en la vitrina; como son tantas, ella no lo notará. Espero su contestación. Ya lo sabe, estoy en la ventana del diez, frente a usted. Cuando lea esta carta, abra la ventana para saber que ya llegó. Sin más, Remedios". *(Volviendo a él)* ¿Por qué no contestaba?

Diego: No lo sé.

Remedios: *(Va a la ventana)* Mi figura se quedó fija en la ventana. ¿Ve usted? Allá estoy y aquí también. ¿Qué curioso? Aunque aquella es más joven que yo. Tal vez no sean la misma persona porque...

Diego: ¿Por qué?

Remedios: *(Volviendo)* Bueno pues... quizá porque... porque ya he adelgazado, ¿no le parece?

Ella se acerca al espejo; Diego va a la ventana y mira. Se oye que alguien sube las escaleras; ella apaga la luz, luego enciende un fósforo y prende la vela en la mesa.

Remedios: ¡Sssh! No hable. Guarde silencio. Son ellas, las fisgonas.

Se oyen pasos afuera.

Diego: A lo mejor es su madre y la está buscando.

Remedios: Baje la voz, por favor. Lo van a oír. *(Luego, despreocupada, va al espejo)*

Diego: *(En voz baja)* A lo mejor es su madre o alguien que está siendo perseguido.

Ella se pone maquillaje blanco en el rostro y él la mira. Los ruidos se escuchan más cercanos, ella va a toda prisa a la puerta y en su rostro se refleja la ansiedad de ver llegar a alguien, pero vuelve en sí.

Remedios: No, decididamente no. *(Pausa)* Mamá ya murió. Son las vecinas, bien que friegan. *(Vuelve al maquillaje y él se pasea nervioso)*

Diego: ¡Remedios! ¿Por qué no sale? Así lo averigua todo de una vez.

Remedios: ¿Salir yo? ¡Pero cómo se le ocurre! No, no. No es tiempo de salir. Además es el último piso y nadie viene. Esos ruidos son puros nervios.

Diego: ¿Nervios? Pero si yo los oí. Y usted también, no recuerda que...

Remedios: ¡Un momento! *(Deja el maquillaje)* Yo no oí nada, fue usted quien los escuchó. *(Retoma la pintura)* Siempre se sale usted de la lógica. *(Pausa)* ¿De qué hablábamos?

Diego: De usted, sin duda.

Remedios: ¿Por qué sin duda y por qué de mí?

Diego: Es un error, era de mí sin duda.

Remedios: ¿Y por qué otra vez "sin duda"?

Diego: No lo sé muy bien, pero por si algo pudiera dudarse.

Remedios: Aquí no existe ninguna duda.

Diego: *(Tímido)* No, desde luego que así es. *(Se acerca a ella)* ¿Y por qué se ha puesto blanca?

Remedios: Para cubrirme y no parecer yo.

Diego: Entonces, ¿sí va a salir?

Remedios: Sí. *(Él va a la puerta y trata de oír)* Pero todavía no es tiempo, hasta que todo esté en silencio. Además el sillón es muy pesado y tendré que arrastrarlo hasta acá para atrancar de una vez por todas esa maldita puerta... en fin, por ahora nadie debe verme. *(Vuelven a oírse pasos)* ¿Pero quién estará tan inquieto esta noche? *(Se acerca con cuidado a la ventana y mira)* ¡Y esa figura en la ventana! Hoy cambiaré las cortinas. *(Pausa)* No, no. Pero si es fin de semana y se supone que salgo de la ciudad. ¡Es verdad! ¿Cómo pude olvidarlo? *(Se oye que tocan enfrente, al otro lado del edificio; ella acude asustada hacia la puerta)*

Diego: ¡Ya ve! No eran mis nervios. La buscan, ya la vieron.

Remedios: Cállese, que lo van a oír.

Diego: ¿A mí? Pero si es a usted a quien buscan.

Remedios: Sssh. *(Largo silencio, luego se oye que bajan la escalera. Ella camina nerviosa)* No debemos confiarnos. *(Se quita los zapatos y se ve más calmada)* Nadie debe oírnos... de seguro que me vieron.

Diego: ¿Pero cómo? Si usted cuidó muy bien todos los detalles.

Remedios: Bueno, pude haberme olvidado de alguno.

Diego: No lo creo.

Remedios: No, no lo creo. *(Se asoma por la ventana)* Todo en paz. *(Diego va hacia la cama y trata de ocultarse)* Creo que es peligroso que vaya esta noche, tal vez están esperando cualquier luz o el menor ruido y... aunque también pueden pensar que son las ratas. ¡Uf! Ese cochino de don Gumersindo, si no guardara tanto grano en su bodega no habría tanto animal por allí escondido. Terminarán por comerse hasta la alacena de mi... esta noche debo revisar bien los cuartos, no vaya a ser que estén en... no, no, esta noche no iré... a menos que lo haga casi en la madrugada. ¡Sí! Con tal de no darme a ver. De algún modo me las arreglaré. *(Termina su pintura)* Tendré que ir, al cabo que será rápido y además con este rostro, ni quién sospeche que sea yo. *(Ríe)* ¿Y si piensan que soy... un espectro? Mejor, así no volverán a subir. *(Pausa)* Figúrese usted, Diego *(ríe)*, que todos vivan con el temor de subir por la noche, creyendo que aquí espantan, ¿no le parece cómico eso? Después inventarán historias y... *(Toma la jaula, la pone en la mesa y se arregla un poco)* Aquí estoy contigo. Y bien, ¿te gusto más así? Lo sabía.

Va hacia Diego, lo besa poco a poco hasta llegar a la boca. Él se mantiene serio, ella lo lleva al lado del espejo y él apaga la luz, pero ella trae la vela, la enciende y se la pone enfrente; él le sopla.

Remedios: ¿Pero qué pasa con usted?, ¿por qué la apagó?, ¿no está de acuerdo con algo? *(Tropieza buscando la luz)* Déjese de caprichos y contésteme.

(Ella enciende la luz, se acerca ensimismada a la silla que ahora está vacía; se sienta y luego lo acaricia como si él estuviera en sus brazos)

¡Pero vamos! No es bueno andar desbordando silencio por allí nomás porque sí. Basta de caprichos, querido.

Luego avanza en la silla y canta abstraída. Va y viene por el escenario. Canta una melodía de arrullo suave mientras se desplaza y recorre el cuarto; luego va frente al espejo y sube el tono de su voz con la misma canción hasta prorrumpir en sonidos desesperados. De pronto se oye un caminar en la escalera. Ella sale del trance, toma los fósforos y corre a la puerta; apaga la luz. El sonido de los pasos se oye en los pasillos. Y mientras adentro se escucha un jadeo aterrorizado de ella, afuera se oye lo siguiente:

—Pero si no es la primera vez.
—Ya no hay nadie.
—Deberíamos quedarnos aquí.
—¡Sí! Vigilar bien.
—¡No hombre! Serán los ecos.
—O el mismo viento.
—¡Sí!
—Oye, ¿volvemos a tocar?
—No, ¿para qué?
—A ver si ahora sí.
—¿Tú crees? No.
—¡Caramba! Vámonos pues.
—A ver, toca tú.
—No, tú.

Una pausa de las voces.

—¡Mira tú!
—¿Qué?
—¿Ya viste aquí?
—No.
—Es el matutino.
—¿Y de qué habla?
—Míralo bien.
—¿Ah sí? "Qué gacho, disparos toda la noche".
—Bueno qué, ¿tocas?
—No, mejor vámonos ya.
—¡Uy!
—No, hombre. Despacio, no corras.

Las voces van desapareciendo con los pasos, luego ella enciende la luz y Diego aparece en su silla.

Remedios: *(Se acerca a él)* Diego, ¿por qué no dejamos en paz este juego de silencios? ¿Es necesario que nos aleje la oscuridad de su boca que calla? ¿Por qué el silencio?

Diego: Porque siento temor de todas estas cosas.

Remedios: ¿De qué clase de temor habla?

Diego: De ese que me invade el cuerpo y me hace sentir débil; como si la vida se me escurriera en fragmentos por dentro.

Remedios: ¡Pero Diego! *(Lo abraza)* ¡Si usted me prometió olvidar el accidente y dejar esa melancolía! Así que olvide las cosas tristes. Diego, su accidente nos ha unido para siempre. ¿No se da cuenta?

Diego: De lo que no me doy cuenta es a dónde nos va a llevar todo esto.

Remedios: ¿Para qué preocuparse por eso? *(Gira y habla como si entrara en un sueño)* Las cosas son así. Tenemos la existencia para saciarnos de ella. El transcurso del tiempo es la prisión más dulce de la naturaleza de las cosas vivas. Es necesario gozar de la belleza que tiene la libertad de nuestras vidas. *(Pausa)* Desde que su presencia en mi vida cotidiana se hizo constante, le he tomado sentido a todos mis actos. *(Toma la jaula y la cuelga en la pared)* Diego, yo lo amo, compréndalo. Sin usted mi vida sería incomprensible, las noches se llenarían de insomnio y angustia. *(Se besan de nuevo)* ¿Lo entenderá?

Diego: *(Absorto)* Sí, Remedios.

Remedios: ¡Muy bien! Así todo es mejor... Usted me querrá siempre, ¿verdad? Usted, yo... usted, por ejemplo, es... es mi sustento emocional, la parte más legítima de todos mis pensamientos. *(Vuelve a soñar)* Es... como un viento de noche taciturna que duerme a mi lado silenciosamente... y al amanecer, el sol, a media luz dormido, no quiere abrir los ojos pero al poco rato lo hace y entonces aparece por la ventana ese color anaranjado que se extiende en el horizonte. *(Pausa)* Luego se escucha el viento cuando mueve la hierba y se siente el rocío de la brisa matutina, para que su pecho y mi pecho le den la bienvenida a la luz del día. *(Pausa)* Usted despierta con una nueva luz en los ojos, el palpitar de su corazón es como un reloj lento y preciso... mientras tanto, afuera *(va a la ventana)*, allá donde las estrellas se pierden... un concierto de pájaros les da su despedida... *(Perpleja)* algunas de las aves tratan de perseguir el brillo del cielo... otras cantan

más fuerte... hasta quedarse mudas... pero nunca dejan de cantar por dentro, cantándole al sol y al hueco de las manos de la tierra. *(La emoción la hace girar con más rapidez)* ¡Ay! El amor es como... como un suspiro de Dios cayendo sobre los hombres y las mujeres. Por el día, cálidos soplos a nuestros ojos; por la noche, soplos a nuestros sueños. ¿No lo cree usted? *(El mareo la hace caer al suelo)* ¡Ay Diego! No me siento bien.

Diego: No importa, quédese ahí, no se mueva. Ya se reanimará.

Remedios: Sí, gracias Diego. Cuando usted habla, todo es mejor, las cosas más difíciles y complicadas se vuelven... ¡Ay Diego! Creo que... que no podré levantarme por un buen rato, ¿usted lo entiende, verdad?

Diego: Sí.

Remedios: Siento que todo me da vueltas. No debí haberme excedido... Estas son las consecuencias, ¿verdad?... *(Pausa)* ¡Diego! Creo que tengo temperatura.

Diego: Es momentáneo, ya pasará.

Remedios: ¿Usted cree?

Diego: Sí.

Remedios: Es verdad. *(Ríe)* Yo no sé cómo... lo cierto es que el piso es muy frío... y muy duro también. Usted... en su trabajo de agente viajero... cuando voló, ¿nunca se mareó?

Diego: No, nunca sentí nada.

Remedios: ¡Uf! Pues no se lo recomiendo, ¿eh? Es de lo más terrible. *(Pausa)* Pero ya... ya está pasando. Sin embargo siento que algo me sofoca *(pausa)*, ya lo decía mi madre: "Tu debilidad no te permitirá hacer muchas cosas que digamos pero sí te...". Bueno, creo que lo que quiso

decir fue que podría tener hijos. *(Ríe)* Pero ya está pasando. *(Va a gatas poco a poco hasta llegar a las rodillas de Diego; se recuesta y él acaricia su cabeza)* Desde que usted llegó a mí, la vida se me ha hecho dichosa... ¿recuerda nuestros paseos vespertinos?

Diego: Sí.

Remedios: Cuando los atardeceres del parque eran frescos y la fiesta de los pájaros entre los árboles era una ceremonia inolvidable... *(Avanza a gatas hacia la silla del espejo. Se sienta y limpia su rostro)* la gente se reía de nosotros; eso a mí me parecía estúpido al principio, incomprensible... después entendí que si se reían y hasta se carcajeaban... era porque ellos se sentían felices al pasear por los jardines públicos. Si hubiera más parques, la gente podría sonreír siempre, ¿no cree? *(Pausa)* Pero luego vino aquel día. Usted se acuerda, ¿verdad? Era domingo, mucha gente se había reído de nosotros y esos chamacos querían separarme de usted... yo atrapé a uno de los más pequeños y no lo solté... creo que... lo arrastraba... luego se la llevaron... la silla... a usted... entonces el niño lloró... después noté que sangraba pero él no era el culpable sino los otros. Eso lo comprendí después... ya era muy tarde. ¿Cuánta gente había! ¿De dónde salió tanta... y usted por qué no me ayudó? *(Extrañada)* ¿A dónde se fue usted? Porque el bullicio y los jaloneos de la gente... *(Camina insegura y débil)* ¿Por qué había tanta gente, Diego? Bueno... pero eso no viene al caso... yo le decía que recuerdo cuando el follaje se llenaba de color dorado a través de las puestas de sol *(intenta girar)*; luego, en el invierno, la cabeza me daba vueltas... No... no es cierto... el in-vier-

no... no... no... Sí… Sí, parecía un cementerio triste y vacío... triste y... vacío... como... *(Angustiada, va al suelo)* ¡Oiga! Ya no recuerdo cómo fui a parar a ese sitio.

Diego: ¿Al parque?

Remedios: No, no. Al lugar aquel donde me separaron de usted. *(Pausa)* Los hombres de blanco se acercaron a mí y la gente... la gente... y ellos... al principio creí que eran ángeles por la tranquilidad con que me trataron, pero después me pincharon la piel y... y entré en un sueño asombroso... Yo... escuche bien... me levantaba asustada sin poder hablar. Salía de un lugar y corría por las calles tropezándome con la gente, buscándolo a usted... De algún modo tenía que encontrarlo... yo no sabía quién me decía qué camino seguir, solo avanzaba por lugares que no conocía. Hasta que mi cuerpo comenzó a estremecerse y me aproximaba al parque. Cuando me acercaba a usted, algo me jalaba hacia atrás haciéndome volver... y en cosa de instantes desperté asustada. *(De pie, avanza lentamente)* Grité muchas veces su nombre y volvieron los hombres de blanco. Me pincharon de nuevo y sentía lo mismo... corría otra vez y al llegar al parque donde usted estaba... alguien me jalaba... hasta que desperté abandonada en aquel cuarto triste y... vacío... *(Pausa)* Con el tiempo me volví rebelde y violenta. Yo... yo solo exigía su presencia gritando su nombre pero... apagaban la luz del cuarto. *(Se acuesta en la cama, él se acerca a ella)* En ese entonces yo necesitaba comprender el significado de todas las cosas pero ellos querían enmudecerme con la oscuridad. Las noches enfermaban mis nervios cada vez que miraba los rayos de luz que se metían por las rendijas de la

puerta... *(Busca abrazarlo)* Yo no podía dejar de decir su nombre, no sé cuánto duré en aquel estrecho espacio de paredes sordas, donde me bebía la luz que apenas alcanzaba a entrar... y mientras más exigía su presencia, más me negaban su existencia... solamente cuando no me bastó la luz, comencé a nutrirme de la oscuridad, vivía tragándome el sueño con las imágenes de sus recuerdos... y me volví tan sumisa que un día, cuando creí que era la hora de mis alimentos... lo trajeron a usted. Había anhelado con tanta fuerza el asombro que al verlo a usted perdí el sentido. Me había convertido en una mujer temerosa.

Apagón.

Segunda escena

Mismo lugar. Diego a la izquierda en su silla, expectante. Ella, ahora sin maquillaje, husmea en la pequeña ventana de la puerta. Se ve atemorizada.

Remedios: Esta noche, todo se presenta de un modo raro. El viento deambula como queriendo gemir en las ventanas.

Diego: Alguna pesadilla por allí... suelta.

Remedios: Sí. De niña me pasaba mucho. Y los malos sueños se metían en mi cabeza... *(Se hinca ante él)* Llegaba mamá, secaba mis lágrimas con sus labios y solo me decía: "Se ha ido". Yo sonreía mientras ella acomodaba la almohada. *(Pausa)* Se llevaba la luz y me quedaba sola,

patéticamente abandonada... y volvían esos sueños provenientes de la almohada. Primero eran plumas de animal que el viento movía; después la abuela degollando una gallina y... el pánico ahogaba mi garganta, mi boca estaba seca y la anciana me hacía beber de su botella. *(Pausa)* "Necesitas un poco de valor para que nadie maltrate tu sonrisa angelical", me seguía diciendo por la noche desde su negro ataúd rodeado de veladoras, después de aquella madrugada en que me quedé sola mientras todos dormían cansados de tanto velarla.

Diego: *(Va a la puerta)* Los queridos muertos duran mucho tiempo en las casas después de fallecidos. *(Acerca la cabeza a la pared)*

Remedios: *(Infantil)* Ese era el motivo por el cual mi madre decía que se había ido pero que aún estaba con nosotras. *(Pausa)* Y por eso la abuela me hablaba en las noches para consolarme. "Necesitas tener bien abiertos tus ojos para que aprendas a defenderte del miedo, hijita".

Diego: Escucho ruidos. *(Se retira atemorizado)*

Remedios: *(Sin prestar atención)* Cuando le conté a mamá lo de la sonrisa angelical y de la frecuente voz de mi abuela, me explicó que no le hiciera mucho caso, que el alcohol la había influido a decir esas cosas. Y que la compadeciera a la pobrecita. *(Se acuesta en la cama)* Esa noche me exigió rezar por su alma; lo hice... pero al terminar, de la oscuridad salían murciélagos volando de mis pies. ¡Chillaban! Yo no podía moverme. Estaba como encantada y sin poder gritar. Yo sentía que la viejecita me hablaba, me decía cosas que no entendía. Los animalejos se desparramaban en mis piernas. Después, no supe cómo, mi cabeza estaba volteada hacia atrás y

en el respaldo de la cama se desmoronaba el acero de los tubos. Ella se acercaba, estrujaba mi cabeza y se burlaba. Junto a la abuela había un hombrecillo que festejaba sus actitudes. *(Pausa)* Entonces mi habitación se llenó de murciélagos enormes que se herían unos a otros hasta que se volvieron uno solo.

Diego: Alguien ha entrado.

Remedios: Déjeme continuar porque después no hilo las imágenes... al poco rato estaba yo en el suelo, la habitación sin muebles y ella tenía puesto el rostro del gran...

Diego: Viene por los pasillos.

Se retira de la puerta y va al lado derecho. Él se levanta con una carpeta en las manos y la revisa mientras camina. Ella lo ve impresionada y va a sentarse en la silla.

Remedios: *(Con naturalidad)* Verá usted Doctor, la verdad es que no tengo ningún inconveniente en marcharme y además desearía volver a mi casa, allí los muros son diferentes, se respira con mayor comodidad. Las noches terminan por volverse algo apetecible.

Diego: He olvidado preguntarle algo.

Remedios: *(Segura)* ¿Qué?

Diego: *(Mientras lee)* ¿Por qué dice que existe una pared entre lo que mira y lo que realmente es?

Remedios: ¿Quién dice eso?

Diego: Aquí consta. Y es usted quien lo ha dicho. *(Ella va a él, le quita la carpeta y lo mira extrañada)*

Remedios: La verdad es que no sé por qué lo dije.

Diego: ¿Y usted cree que la gente debe andar entre los demás

diciendo lo que no sabe?

Remedios: Digo que no lo sé pero... *(Con interés)* quizá usted logre hacérmelo saber.

Diego: Yo no puedo hacerlo.

Remedios: ¿Por qué?

Diego: Porque soy yo quien lo ha preguntado.

Remedios: ¿Y si lo hubiera hecho yo?

Diego: Lógicamente que le respondería.

Remedios: ¿Qué contestaría en ese caso?

Diego: Que... del otro lado... *(Se trastorna de inmediato)* del otro lado del muro...
(Extrañado) hay algo que no está muy claro.

Remedios: ¿De qué muro habla?

Diego: *(Leyendo)* De esa pared que está entre lo que se ve y lo que realmente es.

Remedios: ¿Hay algo que no entiende?

Diego: *(Confuso)* Efectivamente, así es.

Remedios: Trate de comprenderlo. *(Segura)* En última instancia, las cosas más complejas llegan a ser las más sencillas.

Diego: *(Dudando)* Esto no es tan fácil.

Remedios: *(Levantándose de la silla)* ¿Por qué?

Diego: Porque no hay ninguna sencillez en ello.

Remedios: Eso es lo que usted cree, ¿eh? Entonces no comprende nada.

Diego: ¡Un momento! Es usted quien debe entenderlo.

Remedios: *(Lo acosa)* Pero, ¿cómo puedo entender algo que ni siquiera usted ha sido capaz de comprender?

Diego: *(Débil)* No se trata de mí, sino de usted. Y mire, ya basta. *(Tira la carpeta)* Este no es un buen momento para eso. *(Se sienta en la silla. Ella entonces se ríe poco a poco y más, hasta que él también lo hace)*

Remedios: ¿Lo ve usted? Ya no tiene mucho qué preguntar. Se le han agotado las palabras. *(Sentándose en una silla)* Terminará por venir aquí un día y decir: "Ya no sé lo que les pasa también a mis sufrimientos". Porque los tiene *(se levanta)*, aunque se engañe o juegue consigo mismo, o trate de disimularlo como quien se resigna y anda por aquí y por allá, vestido de sombra entre las demás sombras.

Diego: *(Va a la cama asustado)* Por favor, no hable usted ya de eso. Aumenta mi desconcierto.

Remedios: ¿Pero qué es lo que le inquieta? Aquí solo hace falta hacerles creer que no tengo fuerza en mis piernas; que me dejen junto a usted *(se acerca y él la rehúye)*, junto a su amor; como dos flamas de fuego que unidas comparten sus fuerzas hasta caer suavemente en el vacío... y dejarse acariciar otra vez por la fuerza de lo indecible... y... ¡Diego! ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Por qué siento miedo de pronto? ¡Y su silencio! ¿En dónde está su boca? ¿Sus pasos? ¿Su presencia? ¡Diego! *(Ella hace intentos por caminar pero se ve impedida y cae al suelo)* ¡Diego! Le ruego que me conduzca a la ventana. ¡Vamos! Tengo que cerciorarme de que los acontecimientos aún están allí, de que la vida no tiene la misma importancia cada día. *(Se arrastra)* Que... que estamos soñando que vivimos y nos aferramos a no despertar por no contar con un pedacito de recuerdo divino; que solo podemos estar aquí, soportando la cansada espera; que aquí todo se acaba átomo por átomo y... ¿en verdad así debe ser?

Diego: Y lo dice así, ¿como si no pasara nada? Usted pervierte cada día más mi imaginación.

Remedios: *(Abstraída)* ¡Qué ironía! Vivir sin saber para qué. Desde que nos empezaron a clasificar según nuestros síntomas, todo se vino abajo. Yo se lo dije. "De nada sirve insistir; nos enjaularán como un par de pájaros tristes". *(Pausa)* ¡Lléveme Diego! ¡Se lo exijo! *(Va hasta el pie de la ventana y se sienta)* Es indignante que no se preocupe usted de mí. Yo no sé qué gana con volverse tan esquivo. Parece como si estuviera siempre de mal humor. ¿Por qué se niega a estar de mi lado? Yo también me he cansado como usted, haga un esfuerzo y ayúdeme. *(Diego acerca su rostro a la pared y se queda con la mirada perdida)* ¡Diego! ¡Escúcheme! No permita que nos aleje el silencio.

Diego: *(Gimiendo)* Este sitio es muy caliente. Si pudiera abrir los brazos, estirarme y correr. Huir sin detenerme jamás.

Remedios: *(Ríe)* Está usted delirando. *(Se recarga exhausta bajo la ventana)* Mejor déjeme que le cuente lo que pasó hoy, cuando estuve en la ventana. ¿Quiere que se lo platique? *(Infantil)* Bueno, digo. Por si ya se lo había contado y... y se le olvidó.

Diego: *(Frente a la puerta)* Y no detenerme otra vez a ciegas... esperando...

Remedios: ...el sol se escurrió por la tarde, lo diluyó el viejo fantasma del inmenso cosmos. ¡Ah! ¿Se da usted cuenta? Lo vi hacerse una pesada sombra... una terrible exhalación de tristeza... *(Gatea en dirección a él)*

Diego: . ..Porque de otra manera, siento que estoy hecho de paja y que se anidan en mí sus propios sufrimientos, y me vuelvo confuso, pesado y...

Remedios: *(Temerosa va a él)* Después yo me volví un pedazo de noche que resbaló por los muros fríos de esta ciudad plomiza, enferma de bruma y ruidos. ¡Ay Diego! *(Lo abraza)* Quiero quedarme aquí y morirme de usted.

Apagón.

Tercera escena

Al encenderse la luz, él está sentado al pie de la pared derecha, totalmente rígido. Ella está sentada en la silla, como volviendo de fuera.

Remedios: *(Nerviosa)* Quédese donde esté y no me diga nada.

Corto silencio.

Diego: Ya me tenía con pendiente. ¿Por qué tardó tanto ahora?

Remedios: *(Se levanta y conduce la silla)* Fueron más preguntas, siempre quieren ir más allá; *(ríe)* presenciarlo todo desde lo incomprensible. *(Acerca la silla a él)* Pero las cosas van bien. Pronto podremos salir. El chiquillo se... todo se mejora. Ahora las cosas deben comenzar con calma. *(Lo toma de los brazos y lo ayuda a sentarse en la silla)*

Diego: ¿Y para cuándo?

Remedios: No me lo dijeron, pero será pronto. *(Pausa)* ¿Por qué tanta prisa?

Diego: No, no es prisa.

Remedios: Entonces qué podría ser, ¿urgencia por irse? Es lo mismo.

Diego: No siempre, no siempre.

Remedios: Quiere dejar eso. *(Nerviosa)* Me fastidia que hable así.

Diego: ¿Entonces no importo aquí?

Remedios: *(Angustiada)* Sí, pero...

Diego: Está usted hecha un nudo. Vamos, venga. ¡Acérquese! *(Ella lo hace y se abrazan)* Sienta la frescura que hay en mi cara. ¿Le gusta?

Remedios: Sí.

Diego: María Remedios, escúcheme; hoy quiero quedarme frente a la ventanita, me ayudará para poderme asomar, ¿verdad?

Remedios: *(Reacciona extrañada y temerosa de la puerta)* ¿Qué? No, no. Nada de eso. Así solo me distrae. *(Camina nerviosa)* ¿Qué me está pasando?, ¿cómo pudo suceder?

Diego: Quiero verlos llegar.

Remedios: ¿A quiénes?

Diego: A los que vendrán.

Remedios: ¿De qué habla? Déjese de esas cosas, ¿quiere?

Diego: *(La mira con atención)* ¡Ya es demasiado! Dígamelo definitivamente, ¿les habló de mí?

Remedios: Sí, sí, por supuesto que sí.

Diego: ¿Y qué hay? *(Ella va nerviosa a la cama y se sienta)*

Remedios: Es inútil, no me creyeron cuando se los dije.

Diego: Será que no se esforzó lo suficiente. *(Inquieto)* ¿Qué fue lo que les dijo de mí?

Remedios: Lo convenido, lo convenido. Pero no funcionó. No supe con qué convencerlos de que usted existe. *(Triste)* Dicen que solo es una aparición, una visión.

Diego: *(Se acerca persuasivo)* Dígales que es una visión divina y le creerán.

Remedios: *(Se levanta extrañada)* ¿Divina? *(Duda)* ¿Pues quién es usted?

Diego: Simplemente Diego.

Remedios: ¿Y así nomás? ¡No me creerán! Necesito una señal para que me crean. Además, ¿sabe? Me creen… usted sabe.

Diego: ¿Pues qué les dijo?

Remedios: Que el mundo andaba mal porque... porque lo más seguro es que Dios estaba enfermo y viejo.

Diego: ¿Enfermo y...?

Remedios: Sí, porque dije que "es su enfermedad la que nos envilece".

Diego: ¿Solo por eso?

Remedios: Y lo que derramó el vaso fue que... nosotros... todos... absolutamente todos, éramos culpables de la enfermedad en la que se encontraba.

Diego: ¿Y cuál era?

Remedios: *(Indiferente)* No lo sé, de cierto no.

Diego: Entonces para qué inventar. Usted tiene que encontrar una forma de que le crean.

Remedios: *(Desesperada)* ¡No puedo! Y lo peor es que dicen que no me aliviaré. Ellos quieren pruebas. *(Vuelve a la cama, se acuesta)* Algunos me tienen lástima y dicen que usted es una aparición; que no tengo ni la más remota idea de cuál ha sido su... muerte, dijeron. *(Se levanta)* ¡Diego! ¡Diego! Pídame algo.

Diego: *(Azorado)* No se me ocurre nada.

Remedios: Haga un esfuerzo.

Diego: ¡Ya sé!

Remedios: ¿Y bien?

Diego: Dígales que me ha visto y que... que...

Remedios: ¿Qué?

Diego: Que quiero que levanten un busto aquí.

Remedios: ¿De quién?

Diego: De mí.

Remedios: ¿De usted? *(Va a la mesa)* Eso sí que me parece gracioso. ¿De usted? Pero, ¿es que quiere quedarse así? No, no, eso ni pensarlo. Imagínese lo que van a decir después: "Él era una tormenta de relámpagos y ella... ella era un pedacito de misericordia". No, no, definitivamente no, sería inútil.

Diego: Dígales que seré bueno con todos, que los ayudaré a ser excelentes personas; digamos que un poco lógicas.

Remedios: No, no, eso no es muy claro.

Diego: ¿Por qué no? Entendámonos bien. Dígales que... que ya ordené mi mente, que puedo ver seres superiores.

Remedios: *(Lo mira atenta)* ¿Y eso para qué?

Diego: Para que entiendan que las cosas se pueden regir por el bien; por la verdad; por lo que es lógico y útil. Dígales que les revelaré mi propio remedio, que el bien estará al alcance de todos, de todo el género humano.

Remedios: Pero sí... no cabe duda que usted es un verdadero cero a la izquierda. *(Toma la silla y lo conduce hasta la mesa, ella se sienta en una silla)* Aquí lo único que está fuera de lógica es su imaginación. ¡Ah! En resumidas cuentas, no podré contar con algo suyo. Mejor olvídelo.

Diego: *(Dolido)* A veces no sé por qué son tan inútiles las palabras. Dígales que cuando se la llevan a usted, quien se queda aquí soy yo. Hágalos venir porque...

Remedios: ¿Por qué?

Diego: Porque... *(Ausente)* irremediablemente, aquí no pasa nada; se hunde la noche a ciegas y nada acontece, salvo la soledad de este cuarto que me produce calor.

Él va a la pared entre la puerta y la ventana, acerca su rostro en la superficie. Luego surgen luces de colores ocre afuera, y un poco de niebla. Ellos caen en un estado de emociones raro.

Remedios: El calor y el miedo son aliados.

Diego: Hay miedos débiles y fuertes.

Remedios: *(Se pone enfrente de la ventanita de la puerta)* Y los hay inseparables.

Diego: Sí, los hemos cargado siempre.

Remedios: Lo que pasa es que algo triste y frío nos invade. ¡Diego! Estoy entrando en una circunstancia extraña algo... fúnebre.

Diego: *(Se acerca a ella)* Tengo sed de su experiencia, déjeme ver por sus ojos esta vez el cielo.

Remedios: No es el cielo quien me da este terror, son todas esas pequeñas humanidades blancuzcas y disueltas entre mis nervios. *(Ella experimenta ligeros estertores y se recarga en la puerta)*

Diego: Remedios, ayúdeme a ver por la ventana. *(Ella se recupera poco a poco, luego mira afuera con atención)* Déjeme ver.

Remedios: ¡Espere, espere! Alguien ha llegado. *(Se retira asustada)* Son ellos, los de las camisas blancas... pero son muchos.

Diego: ¿Qué trata de decirme?

Remedios: Que la noche se ha presentado ya con todos sus colores. La oscuridad empieza a alojarse en mi mente.

Diego: *(La empuja y trata de ver)* No le entiendo. Déjeme ver. *(Se esfuerza por alcanzar a ver algo)* ¡Ay! Siento rasguños en mi estómago, ayúdeme.

Remedios: *(Vuelve a asomarse)* ¡Sssh! En un momento alguien querrá entrar.

Diego: Yo les abriré.

Remedios: *(Atemorizada)* ¡Ay! Yo tengo calambres y dolores en mis huesos.

Diego: Es porque nos estamos consumiendo por ellos, ya están aquí. ¡Déjeme ver!

Remedios: ¡Cállese! *(Lo empuja)* Sus palabras me perturban. *(Vuelve a mirar aterrada hacia la puerta)* Ahora me miran... y sus ojos... son un silencio de muerte.

Diego: *(Insiste)* ¡Quiero hablar!

Remedios: Déjeme escuchar.

Diego: Debemos unirnos, Remedios. *(Ella lo ignora)* Hábleme de ellos. ¿Aún están allí?

Remedios: Sí, se regocijan.

Diego: *(Desesperado)* ¡Déjelos entrar!

Remedios: Shhh… ¡Cállese!

Diego: No. Hay que dejarlos entrar. Dígame, ¿son fuertes?

Remedios: Sí, no son débiles como nosotros.

Diego: Entonces hable por mí y por usted.

Remedios: Soy más débil de lo que usted piensa. *(Pausa)* Pero, ¿por qué están aquí?

Diego: Por nuestros miedos.

Remedios: O por nuestros dolores.

Diego: Lo único que quieren saber es si existo.

Remedios: ¡Guarde silencio! Ahora se han reunido, tengo frío. Y esos ojos, ¡esos ojos! *(Huye de la ventanita)* Me harán llorar de angustia. *(Pausa)* Vienen hacia acá. ¡No

entrarán! *(Va a la ventana)* ¿Qué quieren?

Diego: Vienen a impregnarse de nosotros. Son el frío del vacío.

Remedios: No, no. Cállese. No tardarán en entrar y después, ¿qué será de nosotros?

Diego: Vienen por mí, terminó la espera.

Remedios: ¿Y qué espera?

Diego: Ya solo la muerte... hemos dejado de ser...

Remedios: No, no. ¡Ya basta! No sé cómo puedo seguir el juego. *(Ríe)* ¡Venga acá! *(Lo baja de la silla, luego lo arrastra)* No volverá a inducirme en sus fantasías, solo me hace perder la lógica. *(Lo deja al pie de la cama, luego se sienta en la silla)* ¡Y escúcheme bien! Usted existirá a mi manera o de ninguna manera.

Apagón.

Cuarta escena

Antes de encenderse la luz, se escucha una fiesta cercana; también sirenas de policía. Al iluminarse el escenario, ella está recostada en la cama; él, en su silla, al lado de ella. Ambos duermen.

Remedios: *(Despierta repentinamente)* ¡Diego! ¡Diego!

Diego: ¿Qué sucede?

Remedios: ¿Los escuchó?

Diego: No. ¿A quién?

Remedios: A ellos, estuvieron aquí.

Diego: ¿Quiénes?

Remedios: Los otros, los fríos, los que ya no existen.

Diego: Usted solo estaba soñando.

Remedios: No. Porque estaba... como viviendo dentro de un comportamiento... y naufragaba en las propias incertidumbres de...

Diego: ¿De quién?

Remedios: ¡De ellos!

Diego: ¿Pero quiénes eran ellos?

Remedios: Cuerpos que volaban y... *(Pausa)* soñaba pájaros sin duda.

Diego: Bueno, entonces no hay por qué alarmarse.

Remedios: Pero... ellos eran... ¡Pájaros muertos! Estaban aquí y la noche tenía una cara ajena. *(Va a la jaula, la descuelga y encuentra al pájaro muerto)* ¡Diego! ¡Tengo miedo!

Diego: ¿Pájaros muertos aquí?

Remedios: Así como lo oye. *(Saca al pájaro de la jaula)*

Diego: Pero si aquí... no puede ser.

Remedios: *(Le muestra el ave)* ¿Qué otra prueba quiere? Este es un cadáver y le digo que había más.

Diego: *(Lo inspecciona)* A este pájaro lo mató la indiferencia y el olvido. *(Lo deja en la mesa)*

Remedios: ¿La indiferencia? ¿El olvido? No, no trate de confundirme. Lo mató el cielo, este cielo gris, infinito y mudo que reposa en nuestros cuerpos. ¡Diego! De cierto no sabemos ni el peligro que nos cubre. *(De pronto camina ensimismada)* Y si... y si...

Diego: ¿Si qué?

Remedios: Si al igual que estos débiles pájaros... mejor desistimos...

Diego: ¿De qué?

Remedios: De todo esto.

Diego: ¿Por qué hacer eso?

Remedios: Porque... *(Duda)* porque al igual que ellos, estamos muertos... o al menos eso parece. *(Decidida)* No, no, estamos igual de muertos, de eso no hay duda... ¿y no será que el relámpago con su luz impactante nos ha eliminado? Y ya no tenemos ayer, ni mañana, ni historia; y la vida se nos ha vuelto una cierta cantidad de imágenes que repiten lo mismo bueno, lo mismo malo y la misma cosa. *(Mira extrañada a Diego)* ¡Diego! Estamos igual de muertos, solo que usted se resiste a creerlo.

Diego: Miente. No se deje ensombrecer por esos pensamientos o terminará por hacerme creer que hasta los muertos protestan rompiendo sus propios sepulcros. Nosotros estamos más allá de todo eso. ¡Lo mejor es irnos!

Remedios: ¡Cállese, cállese! No me grite. No tiene ningún derecho.

Diego: Yo no le estoy gritando y debería usted calmarse.

Se oyen ruidos en la escalera, ella apaga la luz.

—Fue allá arriba, ven.
—Yo ya no lo creo.
—Vamos a desengañarnos.
—¿Y si después es peor?
—¿Cómo crees hombre?
—A lo mejor es lo viejo de las casas.
—Pero si se oían voces de gente.
—¿No sería otra fiesta por allí?
—A mí se me hace que no.
—Pos aquí está todo re'oscuro.
—A ver, dame la linterna.

Se mira que alumbran el cuarto.

—¿Tú ves algo?
—Nada.
—Pos yo tampoco.
—Ni qué hablar.
—¿Qué?
—Vamos a tener que tocar.
—Pero dónde hombre, si todo está en paz.
—Espera un poco. Vamos a callarnos.
—¿Para qué?
—Para sorprenderlos. Luego vamos a tu asunto.
—Si no hay nadie… Y además hace mucho frío acá arriba.
—¿Entonces qué?, ¿no te atreves?
—¿Pos de qué sirve amigo? Ya ves, ni tocas.
—¿Yo?
—Ah… pos ni modo que yo.
—¡Híjole, eres un miedoso!
—Vamos mientras por unos tragos, ¿no?
—Juega. ¿Pero que conste, eh?

La conversación se va perdiendo escaleras abajo entre risas y reclamaciones. Ella enciende un fósforo de inmediato, luego prende la luz.

Remedios: Diego, es necesario ir por el sillón. Debemos atrancar esta puerta por completo, ayúdeme por favor.

Diego: ¿Pero qué le pasa? No se preocupe por ellos. Lo mejor es irnos.

Remedios: Solo es cuestión de empujarlo; vamos a mi casa, venga. *(Abre la puerta de par en par)*

Diego: No, no insista. Mejor vámonos de aquí.

Remedios: No podemos exponernos a que nos descubran. Tiene que ayudarme.

Diego: Será inútil, al oír ruidos volverán a subir.

Remedios: *(Cierra la puerta y se recarga en ella)* Entonces me quedaré aquí para siempre.

Diego: ¿Para qué?

Remedios: Para que... cuando yo sea un pedazo de tierra fría, pueda darle de comer a los gusanos.

Diego: Cállese por favor, no diga eso. Mejor vámonos. Dejemos todo esto en paz.

Remedios: ¡Diego! *(Camina perturbada y con la impotencia por llorar, toma el pájaro y va a la puerta. Luego pasea con el pájaro por todo el cuarto, va al tocador, deja el ave y comienza a ponerse blanco en el rostro)*

Diego: ¿Y ahora qué hace?

Remedios: Debemos estar irreconocibles. *(Le ofrece pintura)*

Diego: *(Animado)* ¿Yo también?

Remedios: Claro.

Diego: ¿Y para qué?

Remedios: Para irnos. Tiene usted razón. *(Él se alegra y sigue el juego)* Ya nada nos detendrá; podremos incluso pasar ante ellos y... nada les hará creer que usted y yo... ni nada más... *(Pausa)* Y podremos traer el sillón y una mesa, y otro mueble... y si es posible, la casa entera.

Diego: Pero escúcheme bien: nos iremos juntos, a ellos los dejaremos allí, que sigan como quieran. *(Se abrazan, pero ella se desprende emocionada)*

Remedios: ¡Sí Diego! ¡Sí! Vivirán confundidos. Y nosotros podremos jugar y divertirnos en las propias narices de sus máscaras falsas... Y después... mucho después... a

causa de tantas máscaras y rostros, el más verdadero se perderá y yo... y usted... tendremos la verdad. *(Acaricia al pájaro)* Una blanca verdad de noches oscuras con risas. *(Ríe)*

Diego: ¡Remedios! Necesita comprenderlo bien, no ganamos nada estando aquí; esa obsesión nos separa cada vez más. No puede esclavizarme con su pobre sentimiento, vamos afuera. Tenemos que vivir nuestra libertad, deje de jugar.

Remedios: *(Casi en el llanto)* Siempre ha existido una pared entre lo que pienso y lo que realmente es.

Diego: Del otro lado de ese muro me encuentro yo. *(Se miran fijamente)* Usted se puso mi cuerpo en su cuerpo.

Remedios: *(Sumisa)* Me puse su cuerpo en mi cuerpo. *(Reacciona y huye de él)* No, no... Esta es otra de sus fantasías. No trate de enredarme, deje que me equivoque con las palabras de mi boca.

Diego: *(Se le acerca)* Su boca también es mi boca. *(La abraza)*

Remedios: Cállese, cállese mejor. Déjeme vivir así porque...

Diego: Yo no soy...

Remedios: *(Feliz de pronto)* Porque yo lo construí aquí. *(Pausa)* Después que me quedé sola, todo me pertenecía, menos el amor. Solo era necesario tomar la llave y... yo solo quería conocer un poco de usted y...

Diego: ¿Y recuerda bien de dónde venía?

Remedios: De... ¡bah! ¿Y eso qué importa? Yo solo recuerdo la oscuridad.

Diego: Escúcheme bien, eso es también lo único que yo recuerdo antes de llegar aquí y...

Remedios: ¿Y qué?

Diego: Y como no sabemos de dónde venimos, tendremos que

irnos juntos para ayudarnos a recordar. Seguiremos adelante, Remedios.

Remedios: ¿A dónde?

Diego: Tendríamos que ir afuera.

Remedios: ¿Y qué lograríamos obtener? Nadie escucha a nadie.

Diego: Porque nadie habla con nadie de verdad. Ha de haber un miedo que deambula por todas partes inundando a los demás de su fuerza. Venga, vamos.

Remedios: ¿Nosotros?, ¿así?, ¿con ellos allá afuera?, ¿para qué?

Diego: Para buscar algo nuevo.

Remedios: ¿Cómo qué?

Diego: Como un tiempo mejor.

Remedios: *(Ríe)* El mundo está tan viejo y tan sucio que no podremos tener un mundo mejor. ¡No! *(Se sienta en la cama)* Allá afuera todo es una pesadilla.

Diego: ¿Y la de aquí?

Remedios: ¿Cree usted que es peor?

Diego: ¿Cómo saberlo?

Remedios: ¡Exacto! ¿Cómo saberlo?

Diego: Solo probando lo sabremos. Vamos a cambiar.

Remedios: *(Con miedo)* No, aquí podemos hacerlo.

Diego: Pero si nos quedamos, estas viejas paredes van a apresar otra vez nuestros pensamientos.

Remedios: Aquí sería mejor.

Diego: Aquí solo nos estancamos y nos alejamos de la verdad.

Remedios: Es inútil, no siga... yo solo buscaba mimarlo un poco. No tenía a nadie a quién acudir, solo a usted.

Diego: Afuera tenemos el mundo entero para nosotros.

Remedios: ¿Quiere decir que para usted también?

Diego: Sí, también.

Remedios: Eso es una mentira, en la calle usted nunca me sonríe; mientras le hablo, siempre guarda silencio. ¿Por qué?

Diego: Porque esa no es una manera de salir. Del otro lado podemos estar juntos con la gente. Hace falta tener comunicación y usted todavía no es capaz de lograrla.

Remedios: Y cómo lo lograría, si todos se ríen o se asustan conmigo; de usted nadie se burla.

Diego: Cuando se ríen de usted lo hacen también de mí.

Remedios: *(Animada)* ¿Usted me podría ayudar a estar junto a la gente sin que yo los espante?

Diego: Claro.

Remedios: ¿Cómo?

Diego: De una manera muy fácil; pero es necesario que no divague y me escuche.

Remedios: *(Infantil)* ¡Así se hará!

Diego: ¿Dígame por qué razón cree que la gente se ríe o se asusta con usted?

Remedios: No sé. Necesitaría pensar como ellos piensan.

Diego: Muy bien. Y cuando cada uno de ellos piensa, ¿a quién le comunican lo que piensan?

Remedios: Ay pues a... a los que están con ellos.

Diego: Así es. Y usted, cuando piensa, dígame con quién se comunica verdaderamente.

Remedios: Con usted.

Diego: ¿Y es verdadero? Piénselo bien.

Remedios: *(Medita)* ¡No puedo pensar verdades!

Diego: Vamos a esforzarnos y verá que sí se puede. ¿La gente que habla con sus semejantes es porque se siente segura de ellos?

Remedios: Sí, así es.

Diego: ¿Y para estar seguros de sí mismos es necesario sentirse

completos?

Remedios: No entiendo.

Diego: ¡Nada de incertidumbres! ¡La verdad es lo que cuenta! ¡La verdad es lo más importante ahora!

Remedios: *(Alegre y confiada)* Sí, sí, la verdad, la verdad a cántaros llenos en mi boca... la verdad... *(Duda)* La verdad siempre duele mucho, ¿no?

Diego: Remedios, en este momento no se aleje usted, por favor. ¿Usted se siente completa?

Remedios: No siempre.

Diego: Y cuando alguien se siente seguro, ¿qué es lo que da a los demás?

Remedios: Muchas cosas, ¿no?

Diego: Sí, pero entre todas ellas, piénselo usted bien Remedios, sin dudas: ¿No es más importante ser razonable?

Remedios: ¿Entonces lo que la gente da a los demás son cosas reales?

Diego: Así es. Cosas reales.

Remedios: ¿Y verdaderas?

Diego: Justamente.

Remedios: ¿Y eso es una verdad?

Diego: Por supuesto.

Remedios: *(Convencida, se acerca a él y lo abraza)* Estoy aprendiendo a decir verdades.

Diego: Así es. Pero para poder decirlas hay que tenerlas, y eso podrá ser si ellas viven en nosotros. ¿A usted le gustaría comprenderlo todo mejor?

Remedios: Creo que sí.

Diego: Vamos a ver, venga. *(Él se acerca a la cama y la invita a sentarse)* Cierre los ojos. *(Ella obedece y se acuesta)* La noche en que supo que Diego había muerto, ¿usted

estaba sola en su casa?

Remedios: Sí.

Diego: ¿Después usted buscó la silla y la trajo aquí?

Remedios: Sí.

Diego: ¿Y con ella se paseó por todas partes?

Remedios: Sí.

Diego: Y por ella usted no ha podido conversar, ¿no es así?

Remedios: Sí.

Diego: ¿Le gustaría aprender más verdades?

Remedios: Sí.

Diego: ¿Y seguir paseando por los jardines?

Remedios: ¡Claro!

Diego: En ese caso la silla nos estorbaría.

Apagón inmediato.
Vuelve el fondo musical del principio. Al volver la luz, Diego ya no está en la silla. Ella va por el pájaro que quedó en la mesa del tocador; lo mete en la jaula, luego la cuelga en la pared.

Apagón.
Continúa la música. Al volver la luz, la silla ya no está. Ella mira todas las cosas del cuarto con angustia, compasión y lástima. Se acerca a la puerta sin dejar de mirar. Por un momento se queda pensativa y el ambiente exterior se mezcla con la música.

Apagón y continúan los mismos sonidos.
Al volver la luz, Remedios ya no está. La música va terminando y llega el oscuro final.

Día de guerra

Personajes
Rencho-Soldado
Roncha-Su esposa
Bucho-Soldado lisiado

(Representada en la Universidad de Kansas en Estados Unidos, en 2002)

Acto único

La acción se desarrolla en un pequeño departamento viejo y en condiciones pobres. En el lado izquierdo está la puerta del pasillo que conduce hacia afuera. Enseguida hay un tubo de acero no muy grueso que va del suelo hacia la esquina, luego una ventana y su exterior. En el lado derecho está la puerta que va a la cocina y a la recámara; en la pared izquierda del fondo hay un mueble que sirve de cómoda donde se encuentra un teléfono especial y un control. En la parte alta existe un foco anaranjado que sirve de alarma. Solo hay una mesa al centro con tres sillas. La obra inicia con ruidos extraños a la distancia. Luego una voz grave y autoritaria surge en la escena.

Voz: "Interaccionismo, S.A. S.A. S.y.A. SyA, SyA, ya: El eminente empresario industrial, Jas Jon, es el hombre número uno de las fuerzas unidas de expansión bélica que llegó este día del Sistema Solar A-3 a nuestro planeta, con el fin de reclutar soldados que

favorezcan la invasión a lejanos planetas. Los obligadores de costumbres, desde ayer han estado registrando nuevos reclutas de los sectores residenciales 20.8 y 48.6. Favor de presentarse con identificación apropiada de guerra. No será aceptada ninguna clase de comportamiento contrarrevolucionario, trampas, fraudes o simulaciones. Cualquier persona que no esté vestida de la forma y los colores que representan a la Confederación Marcial del Sistema, será tratada como miembro del ejército de las voces...".

Aparece Rencho, quien es flaco y se mueve con agilidad; va vestido de uniforme militar anaranjado en una pieza y botas en la mano. Se oye otra voz y Rencho pone atención al público.

Voz: "Su agencia amiga, 'Vuelos del Águila Nopalera', le recuerda que si ya cuenta con la debida preparación, usted debe incursionar por los túneles metálicos para acercarse a su destinación. Favor de no olvidar la tarjeta-pase en sus oficinas del sindicalismo del futuro".

Se oye música militar. Rencho acomoda una de las sillas frente al público y mira todo como si fuera una televisión; luego se pone las botas. Entonces va por el control y lo manipula. Finalmente él apaga la pantalla y camina nervioso buscando algo. Afuera se oyen naves y algunos disparos lejanos.

Rencho: ¡Roncha! ¡Roncha! *(En su desesperación, patea la silla donde se había sentado y vuelve a gritar. Ella entra azorada; es joven, pálida, flaca y mastica goma exageradamente)*

Roncha: ¿Qué pasa? ¿Por qué tanto grito? *(Se enciende el foco anaranjado y surgen sonidos agudos a lo lejos. Ellos se miran en silencio por un momento)*

Rencho: ¿Dónde están mis identificaciones?

Roncha: *(Seria)* ¿Entonces estás decidido a irte?

Rencho: Sabes lo que debo hacer. *(Busca hacia la cómoda, levanta el teléfono y mira detrás del mueble)* Es mi deber, además ya lo discutimos bien desde esta mañana. *(Pausa)* No me quedo.

Roncha: Hazlo por mí. *(Se le acerca, toma su goma de mascar con una mano, intenta besarlo cuando lo toma por los hombros y le pega la goma en el uniforme)* ¿O, ya no me quieres?

Rencho: No se trata de eso ahora. El amor no tiene nada que ver con esto. *(Se aparta de ella. Luego se escucha una explosión cercana y al mismo tiempo se oyen pasos de botas en los pasillos)* Lo tengo bien decidido y lo voy a hacer. Soy un soldado del espacio y me iré en la próxima nave espacial. *(Descubre la goma de mascar en su hombro y va a sentarse en la silla mientras trata de quitársela; luego se escucha una música bélica en circuito cerrado que ambienta los pasillos del edificio, es apenas audible)* ¿Dónde están?

Roncha: ¿Quiénes?

Rencho: ¡Las credenciales! ¡Mi pasaporte espacial! Tengo que identificarme.

Roncha: *(Intenta abrazarlo)* No te vayas Rencho.

Rencho: *(Enojado, se zafa y sigue rascándose la goma)* ¿Y qué es lo que quieres que haga?, ¿que me quede aquí escuchando todo lo que sucede afuera? No, eso no. *(Mira su reloj)* ¡Uf, voy a estar tarde! ¿Dónde las dejaste?

Roncha: *(Triste e indiferente)* No sé.

Rencho: ¿Cómo que no sabes? No mientas.

Roncha: Tal vez en nuestra cómoda.

Rencho: *(Va y comienza a abrir cajón por cajón)* ¡Yo no sé por qué no me tienes todo en orden, en mi sitio!

Roncha: ¿Tu sitio? ¿Cuál sitio? Si apenas llegas y ya te vas. *(Amorosa)* Hoy no debes ir. *(Él encuentra por fin sus identificaciones)* La última vez, ¿te acuerdas que te descansaron porque traías un olor muy rarito, mi vida? Tú y todos ellos tienen el espacio totalmente contaminado. *(Se oyen de nuevo marchas de soldados por los pasillos)*

Rencho: No somos nada más nosotros. *(Se sienta en una silla y amarra sus agujetas)* Y tú... *(La ve con desesperación)* Tú qué sabes.

Roncha: Lo que veo, lo que veo. Fíjate nada más. *(Ella señala la pantalla, él deja las agujetas y se duele del estómago)* ¿Qué tienes? *(Él no contesta)* ¿Qué te pasa?

Rencho: ¡Nada! *(Va de nuevo a la cómoda, se duele)* ¡Ay! Hablar contigo me alborota el estómago. *(Vuelve a buscar)*

Roncha: Mi amor, no te vayas. *(En eso se oye una voz en el circuito cerrado de los pasillos)*

Voz: "Se le informa a todo el cuerpo de reclutas presentarse inmediatamente en sus unidades. Enfrentamos retrasos para llegar a las bases de salida exterior. La lucha es vencer a las tropas contrarrevolucionarias de las voces del subsuelo que bloquean un cuarenta por ciento de las rutas de vinculación; hagan sus grupos y vayan a los sitios, seguiremos". *(La luz anaranjada se enciende y se apaga al tiempo que se oye un ligero sonido, ellos se miran. Luego él abre otro cajón)*

Roncha: Vamos Rencho, no es necesario que vayas; si perdemos el acceso al abasto de alimento, qué importa. Cualquiera de estos días, o ustedes o los de las Voces echarán el edificio abajo. Les dejamos su ratonera y ya.

Rencho: ¿Qué?, ¿quieres que perdamos la seguridad? No, no, ni pensarlo.

Roncha: *(Lo toma con fuerza del cuello y lo besa)* Conseguiremos otro sitio, mi amor.

Rencho: No, no. Después vamos a vivir en los refugios subterráneos y siempre estaríamos desesperados, como esos locos de las Voces. Perderemos el control de... *(En el pasillo se escuchan más pasos y ahora un largo sonido agudo)*

Roncha: ¿De qué?

Rencho: De... pues hasta de nosotros mismos y...

Roncha: Nada, nada. Aquí todavía quedan oportunidades.

Rencho: No es cierto.

Roncha: Sí. Las voces. Vámonos con ellos.

Rencho: Las Voces no permiten un avance en el progreso espacial.

Roncha: Sin progreso terrenal jamás habrá progreso espacial.

Rencho: No, no. Te equivocas Roncha. *(Sigue buscando)* Aquí ya no hay nada qué hacer.

Roncha: Nada se pierde probando. Además, cada vez que se juntan todos ustedes, creen que una acá la pasa muy bien. Pues no, fíjate que no. Cuando empieza a temblar todo esto, no hay ni de dónde agarrarse. *(Él no le hace caso y continúa su búsqueda)* Piénsalo bien y mejor desiste.

Rencho: No. Y mira, no le sigas. ¿Me puedes decir dónde dejaste las tarjetas de salida diaria?

Roncha: *(Furiosa)* No sé de qué me hablas. Yo te estoy diciendo que...

Rencho: ¡Tú no me estás diciendo nada!

Roncha: *(Indignada)* Cómo que no. ¿Y entonces? *(Duda)* ¿No te estoy hablando?

Rencho: Yo no te estoy escuchando.

Roncha: Entonces qué haces, ¿eh?

Rencho: Busco todos esos reportes de salida, eso es muy importante. No puedo llegar sin ellos. Tú lo sabes. *(Se escucha un fuerte sonido de nave que vuela y una alarma que chilla. Ellos van a dar al suelo)* ¿Dónde los dejaste? ¡Seca!

Roncha: ¡Ay! ¡No me grites! Deben estar por allí.

Rencho: ¿Dónde?

Roncha: No lo sé.

Rencho se encoleriza, la toma de la cabeza y le ejecuta una maroma de lucha libre; ella se levanta y se pone en posición; pelean un poco, ambos ejecutan llaves de lucha libre. Luego ella va a tomar una silla, él la atrapa por detrás y le aplica una llave que le tuerce el brazo con una mano y con la otra le aprieta el cuello.

Roncha: ¡Ay! ¡Esa no! ¡Esa no!

Rencho: *(Con fuerza)* ¿Te rindes? *(Una ligera alarma se oye en el pasillo)*

Roncha: ¡Sí, sí! ¡Ay! ¡Me doy, me doy!

Rencho: Ahora sí. ¡Dímelo!

Roncha: ¡Ay! Pues... pues... los puse en la estufa láser, en la cocina. *(Él la suelta y la echa al suelo)*

Rencho: ¿Pero cómo? *(Él desaparece. Ella se duele un poco pero luego va a la cómoda y saca unas esposas. Guarda la llave y va a esconderse a un lado de la puerta para esperarlo)*

Rencho: *(Entrando)* ¡No hay nada! *(Ella le da un golpe en la nuca y él va a dar al suelo. De inmediato, Roncha le aplica un candado y golpea su cabeza contra el suelo)* ¡Vas a hacer que... Ay! ¡Ay! *(Roncha lo va arrastrando hacia el tubo, luego se oyen las*

botas de un soldado que se aproxima a la puerta, mientras la alarma de afuera persiste)

Voz: ¡Rencho! ¡Rencho!

Roncha: ¡No contestes! Soy capaz de todo. *(Por fin llegan al tubo)*

Rencho: ¡Uf! ¡Ay! ¡Ay! ¡Está bien! ¡Está bien!

Roncha: ¡Baja la voz! Silencio.

Rencho: *(En voz baja)* Está bien, está bien. *(Las botas se alejan y a lo lejos se oyen naves que pasan)*

Roncha: ¡Acerca tu brazo al tubo!

Rencho: Pero... ¿qué pretendes? No, no. Te exijo que me sueltes ahora o lo pagarás muy...

Roncha: *(Ella aprieta con fuerza)* No me grites. No me grites. Que yo si te escucho. ¡Acércala!

Rencho: ¡Escúchame! Mira... ¡Esto es una locura!

Roncha: No quiero hablar nada contigo. Y si prefieres ser noqueado aquí, tú sabes. *(Ella hace otro esfuerzo y él accede tendiendo el brazo derecho. Roncha le introduce de inmediato uno de los ganchos, él trata de zafarse pero ella logra prenderlo rápidamente al tubo)*

Rencho: ¡Me las vas a pagar! ¡Flacucha! ¡Flacucha! ¡Flacucha! Nunca engordarás, aunque sigas tomando esas píldoras.

Roncha: *(Se levanta)* Cállate. Cállate, porque ahora vas a tener qué comer en el suelo como un animal.

Rencho: Pero... no puedes hacer esto. (*Encolerizado*) Es ir en contra de "Los Obligadores de Costumbres".

Roncha: ¡Cállate mejor! Además, mi flacura no es de tanto tragar eso que dices.

Rencho: ¿Que no?

Roncha: No. Son todos esos estúpidos tumores en los huesos, por haberme expuesto tanto a la radiación artificial. Así que te callas y quietecito o te va a ir muy mal.

Rencho: *(Al verse en tal situación, chilla)* Pero...

Roncha: Nada de peros. Ahora se harán las cosas a mi manera y no me importa lo que pase mañana. Voy a preparar algo.

Rencho: ¡Roncha!

Roncha: ¡Qué!

Rencho: *(Suave)* Es que... verás... yo... yo como con la mano derecha.

Roncha: Pues ahora aprenderás con la izquierda. *(Sale)*

Rencho: ¡Roncha! ¡Ay! ¡Mi estómago Roncha! ¡Ay! *(Al darse cuenta que ella no contesta, solo hace una mueca de desagrado)* En bonita trampa me vino a meter. *(Se da cuenta que tiene el teléfono cerca, lo toma y hace la operación de marcar)*

Teléfono: Gracias por llamar al Centro de Llamadas del Departamento de Comunicaciones y Quejas de la Confederación Marcial del Sistema. Para información de las últimas invasiones espaciales, por favor marque el número 348. Para información del horario de salida de naves, por favor marque el 674. Para información de congestión de transporte atmosférico…

Rencho se irrita y arroja el auricular. Entre tanto, vuelve a encenderse el foco y se oye de nuevo el sonido agudo de afuera. Roncha aparece llorando y trae una jaula vacía.

Roncha: ¡Ay Rencho, Rencho! ¡Se murió!

Rencho: ¿Quién?

Roncha: *(Le muestra la jaula)* El pájaro.

Rencho: ¿Qué?

Roncha: Se murió. *(Pausa)* No hace mucho era... era... ¡Ay! Era mi única compañía. *(Ella llora más y se oyen disparos afuera otra vez. De pronto pasan varios soldados marchando por el pasillo)*

Rencho: Bueno, bueno. Ya no llores tanto.

Roncha: ¡Era nuestra única mascota!

Rencho: *(Compasivo)* Sí. Mira, lo mejor es que me des esa llave y...

Roncha: *(Ensimismada y aún llorando)* Una vez... ¡Ay! Cuando vimos que salió el sol... como que susurró. *(Deja de llorar y duda)* ¿Quiso susurrar o susurró?

Rencho: No lo sé.

Roncha: *(Para sí)* ¿Cómo era?

Rencho: Tal vez habrá sido cuando yo estaba en el espacio.

Roncha: ¡No! No susurró, cantó.

Rencho: Bueno, eso solo tú lo sabes pero...

Roncha: Pero... *(Piensa)* Estoy casi segura de que susurró.

Rencho: Lo mejor es que me des esa llave.

Roncha: Aunque debo estar convencida de que cantó porque...

Rencho: Déjate de cosas y sácame de aquí.

Roncha: *(Soñando)* ¡Ay! Estaba condecorado con una medalla el chiquitito. *(Ella va a la cómoda y saca una foto del pájaro con una medalla en el pecho)*

Rencho: ¿Condecorado?

Roncha: ¡Sí!

Rencho: No mientas.

Roncha: Te digo que sí.

Rencho: *(Haciendo memoria)* Era un pájaro clandestino, nunca estuvo registrado en las oficinas de los Obligadores de Costumbres.

Roncha: ¡Estaba condecorado! ¿O qué?, ¿tú nunca lo quisiste?

Rencho: Bueno sí, pero... *(Dando con la solución)*: Bueno, vamos a velarlo.

Roncha: Sí, tienes razón. *(El sonido de las naves vuelve a oírse. Ella le quita las esposas y se guarda la llave. Él va a tomar la jaula, la inspecciona; se rasca la cabeza, luego mira a Roncha)* Si te vas, así vas a terminar… en nada. *(Ella pone la foto del pájaro cerca de la jaula; ambos se sientan muy solemnes ante la jaula y lo velan hablando así)*

Rencho: No inventes cosas, tú siempre hablas de más.

Roncha: Yo nomás digo lo que es.

Rencho: ¡Mentiras!

Roncha: ¿Por qué?

Rencho: Porque no encontré nada en la estufa láser.

Roncha: Es que no me dejaste terminar.

Rencho: ¿Terminar?

Roncha: Te dije que allí estaba, lo que pasa es que no lo buscaste debajo.

Rencho: ¡Uf! ¡Tú me vuelves loco, Roncha!

Roncha: ¿Por qué?

Rencho: Porque la mayoría de las veces no sabes lo que dices y nunca te entiendo bien las cosas.

Roncha: ¿A qué te refieres?

Rencho: A lo que decías hace poco del olor.

Roncha: ¡Ah! ¿Entonces sí me estabas escuchando?

Rencho: Bueno... un poco.

Roncha: ¿Y lo del olor sí te llamó la atención, no?

Rencho: No era yo.

Roncha: *(Sarcástica)* ¿Que no eras tú?

Rencho: No. Era el ambiente de la calle, seguramente las cañerías de la ciudad estaban bloqueadas.

Roncha: Pero... ¿ya se te olvidó que tuve que dormir a tu lado con una máscara contra gases? ¿Qué ya no te acuerdas que nuestra pequeña colección de tres víboras enanas, se nos murieron por tus olores?

Rencho: ¡De mis...! *(Se oyen marchas lejanas)* ¡Pero si no eran víboras!

Roncha: ¿No?

Rencho: ¡No! Eran las lombrices que le tuvieron que quitar a tu padre, recuerda que fue lo único que dejó.

Roncha: ¡Eran víboras!

Rencho: ¿Víboras?

Roncha: Bueno, viboritas.

Rencho: Mentirosa. Además, ¿olvidas que todo el dinero se lo dejó a los Obligadores de Costumbres, y a nosotros solo nos heredó esos animalejos?

Roncha: ¡Tú tuviste la culpa! Lograste que lo llevaran a ese asilo. No lo quisiste cerca de nosotros, te estorbaba.

Rencho: Era muy, muy, muy gordo… me parecía injusto que comiera tanto mientras otros no tenían nada. Y además, tragaba puras porquerías, ni siquiera sabía usar su dinero. Viejo tacaño, sus lombrices fue lo único que nos dejó.

Roncha: ¡Lombrices que me dejó! Porque no eran tuyas.

Rencho: ¡Nos dejó porque...!

Roncha: ¡No eran tuyas!

Rencho: Sí lo eran.

Roncha: ¡No! No se hubieran muerto.

Rencho: Pero cómo puedes decir... *(De pronto ambos reparan en la jaula)* Bueno, con esto basta por hoy.

Roncha: Tienes razón. Lo congelaremos y volveremos a velarlo cuando sea su cumpleaños.

Rencho: Es lo mejor. *(Él toma la jaula y sale. El sonido externo vuelve a surgir al pasar más naves, el foco se enciende en intervalos cortos. Mientras tanto, ella va a acomodar el teléfono, hace una mueca de desagrado al foco y él vuelve con los papeles que mete a su bolsillo)* Bien, bien. Todo listo. *(Se sienta en una silla)* Sírveme algo rápido para cenar y trátame bien, porque no sé si vuelva pronto.

Roncha: Rencho *(va a sentarse sobre las piernas de él)*, no quiero que te vayas.

Rencho: Es inútil. Mi decisión está tomada, es mi deber.

Roncha: *(De pie)* No hay tal, no finjas.

Rencho: *(Mientras revisa sus papeles)* La Fuerza Espacial me necesita, ¿te parece poco?

Roncha: *(Se acerca a él seductora)* Inventos tuyos; quédate. No te vayas.

Rencho: ¡No puedo quedarme!

Roncha: ¡Entonces no te vayas!

Rencho: *(Se pone de pie)* Está bien. No me voy. *(Decidido)* Pero no podré quedarme.

Roncha: Muy bien. Pero siéntate tantito. *(Lo abraza)* Quédate quieto. ¡Vamos, siéntate! *(Él accede en la total confusión, ella va a la puerta y cierra con la tarjeta-llave, luego la arroja por debajo hacia afuera)*

Rencho: ¿Pero qué haces? ¡No!

Roncha: Así tendrás que quedarte. *(Se le acerca muy coqueta)* ¡Vamos amorcito! Un besito. Qué, ¿ya no te gusto?,

¿prefieres irte a matar en vez de darme un beso? *(En eso se oye una explosión a lo lejos. Ella se hinca implorante)* ¡Ay! ¿Por qué? ¿Por qué?

Rencho: ¿Pero qué te pasa?

Roncha: ¡Rencho! Si te vas, me matarás. Sí. Yo... tú serías... *(Se arroja a sus pies)* ¡No me mates Rencho, por favor!

Rencho: ¿Quién habla de eso? ¡Vamos! ¡Levántate! *(Pausa)* Mejor vamos a desayunar.

Roncha: ¿A desayunar? Pero si... ya es de noche.

Rencho: Bueno, así haremos de cuenta que el día comienza y...

Roncha: ¿Y qué?

Rencho: ...y te lo explico todo otra vez de nuevo.

Roncha: ¿Qué cosa?

Rencho: Lo que te dije hoy, ¿ya no lo recuerdas?

Roncha: No. ¿De qué hablabas?

Rencho: ¡Hablábamos!

Roncha: Por eso. ¿De qué hablábamos?

Rencho: De nosotros, por supuesto.

Roncha: De que te ibas…

Rencho: No. De que me tengo que ir.

Roncha: Pero no por ahora, ¿verdad? *(Se aferra a él)* Dime que no, cariñito, ¿sí? ¿Ahora no, sí? Tal vez por la noche y...

Rencho: Pero si ya es de noche.

Roncha: No digas nada y bésame. *(Lo besa y él se inquieta)* ¿Ándale sí?

Rencho: *(Aturdido)* ¡Está bien! Pero vámonos a dormir.

Roncha: ¿A dormir? Pero si acabamos de levantarnos.

Rencho: ¿Acabamos de qué?

Roncha: *(Autoritaria)* ¿Vas a desayunar, sí o no?

Rencho: *(Tímidamente)* Bueno yo... *(La mira con atención, luego se*

escucha una gran nave que pasa) Es decir, mira... *(Suave y amable)* Está bien. Sírveme el desayuno.

Roncha: *(Se le acerca, lo besa y sonríe feliz)* ¡Vendré pronto! *(Se escucha lo siguiente en la sala)*

Voz: "A todos nuestros reclutas, se les informa que las voces han perdido fuerza. Estamos avanzando por los túneles. Se aproxima la hora de salida. No se tolerarán tardanzas, apurarse por favor. La reclusión será de emergencia".

Él camina nervioso, pensando. Va a la puerta, intenta abrir. Luego va a la pequeña ventana; después acerca la cómoda, se sube a ella, revisa todos sus papeles y se introduce por la ventana. Ella vuelve con una charola, dos tazas y la cafetera; nota que él apenas cabe por la ventana; deja la charola en la mesa, toma las esposas y le atrapa los pies.

Rencho: *(Desde fuera)* ¿Y ahora qué haces?

Ella desconecta el cable del teléfono y comienza a ver el modo de hacer algo. De él ya solo quedan los pies adentro; ella le esposa los pies, toma la punta del cable y lo va enredando entre los tobillos y las esposas; luego hace un nudo y por fin él termina de salir. Ella se queda con la parte del cable que tiene el teléfono y cierra la ventana.

Rencho: ¡Suéltame! ¡Déjame ir! ¡Ya me tienes harto Roncha! ¡Auxilio! ¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme! *(Ella va a la puerta y trata de escuchar, él abre con la llave)* ¡Oye, no puedo irme así! ¡Dame la llave de estas, inmediatamente! *(Entra dando pequeños saltos, pero el teléfono ha llegado hasta la ventana y descubre que se encuentra atrapado; ella le quita sorpresivamente la tarjeta-llave de la puerta, cierra y se retira*

feliz) ¡Esto es el colmo! ¡Dame la maldita llave! *(Él se sienta e intenta desatarse)*

Roncha: Te la daré, si me prometes una cosa.

Rencho: *(Exasperado)* ¿Qué cosa?

Roncha: Que no te irás hasta que hayas desayunado.

Rencho: ¿Y para qué?

Roncha: Para que tratemos muy bien este engorroso asunto.

Rencho: *(Se levanta con dificultad)* Mis ideales no tienen discusión y tú...

Roncha: Los míos sí son de discutirse. Así que déjate de payasadas y... *(Ella piensa y no encuentra lo que quiere decir)*

Rencho: ¿Y qué?

Roncha: Y... y vamos a desayunar. (*En eso se oye una buena cantidad de naves distintas y agudos sonidos. Ambos ponen atención*) ¡Parecen ser de las Voces! Quieren impedir a toda costa que se vayan ustedes al espacio... *(Triste)* Pero siempre es inútil, *(con amargura)* todos ustedes son más, y tú queriéndote ir. *(Gime)* La última vez que te fuiste no solo llovió ácido –te acuerdas que te lo conté–, también hubo tolvaneras de óxidos por todas partes, por eso hay tanto ciego. *(Sigue con sus quejas, yendo de un lado a otro)* Además, hay algo que no sabes, los señores Obligadores de Costumbres vinieron a prometer que todos los ciegos serían curados. ¡Ay! *(Suspira)* ese día hasta yo fui, fingiéndome tuerta por supuesto, para poderlos ver muy bien a todos pero...

Rencho: ¡No me hables de eso ahora!

Roncha: ¿Por qué no? ¿Por qué no, eh? ¿Te asusta aceptar que esos señores Obligadores hablan como charlatanes? *(Se escucha una fuerte explosión a lo lejos, ellos se quedan perplejos hasta que el ruido aminora poco a poco)* Además

(vuelve a deambular de prisa), al final no salvaron a nadie y hasta los ciegos se volvieron sordos.

Rencho: ¡Roncha!

Roncha: Aquello era entonces un caos humano.

Rencho: ¡Roncha! ¡Roncha!

Roncha: *(Se detiene en seco)* ¡Ay! ¿Por qué me interrumpes?

Rencho: ¿Cómo vamos a desayunar así? *(El ruido de las naves vuelve)* ¡Dame la llave! ¡Déjate de insolencias y caprichos!

Roncha: *(Se pasea más tranquila y pensativa)* No. Pensándolo bien, no.

Rencho: *(Fatigado por la desesperación)* ¿Y ahora qué?

Roncha: Mejor te quedas a desayunar. *(Va y retira la charola de la mesa, luego le acerca la misma a él; le lleva una silla y acomoda la charola de nuevo)* No dejes que se enfríe el café, ahora vuelvo. *(Él gruñe con enfado y las naves se oyen aún)*

Rencho: ¡Pero mira nada más hasta dónde has llegado, Roncha! *(Ve su reloj)* No lograrás que me quede, ¿lo oíste? *(Pausa)* Antes que todo está... *(Gime)* Está mi obligación como... como lo que soy, un soldado espacial. ¡Y tú no me lo vas a impedir! *(Se tranquiliza, toma la cafetera y se sirve mientras tira el café alrededor; luego bebe, en tanto que en la cocina se oyen ruidos)* Bien, bien, bien. Lo tomaré con calma. ¡Roncha! ¡Roncha! ¡Lo tomaré con calma, con calmita! *(Para sí)* No es bueno irritarse. *(Comienza a sentir apetito)* ¡Vendrá! Y me dejará ir. Sí, porque... en fin... de algún modo saldré. *(Reacciona molesto y hace intentos por zafarse, luego se calma y respira profundamente)* ¡Roncha! No olvides traer las conservas... *(Pícaro)* y un buen cuchillo... y... *(Intenta de nuevo romper las ataduras, el sonido de las naves es más fuerte)* Y apúrate que ya quiero cenar.

Roncha: Desayunar mi vida, desayunar. *(El sonido de afuera continúa, se oyen disparos y explosiones lejanas. Alguien toca a la puerta, ella vuelve furiosa y él está sorprendido)*

Roncha: ¿Quién podrá ser?

Rencho: No sé. Abre y lo sabremos. *(Vuelven a tocar y ahora más fuerte)* ¡Ándale, abre! No te quedes allí. *(Ella saca la tarjeta de su bolsillo, intenta abrir y no lo consigue)*

Roncha: ¡No me grites! Luego no me concentro *(Ella se concentra y vuelven a tocar más fuerte. El sonido de las explosiones crece)* ¡Ya voy! ¡Ya voy! *(Ella abre y aparece Bucho, que trae un uniforme de guerra azul y viejo. Es rengo y le falta un ojo, entra inquieto y alocado. Es presa del miedo y busca dónde esconderse; el sonido de las naves va en aumento. Él emite un extraño sonido de mudo y se tira al suelo, les pide que hagan lo mismo; ellos le obedecen. Los tres se cubren sus cabezas porque el ruido de las naves se vuelve ensordecedor. Luego va aminorando)*

Rencho: ¡Dame la llave!

Roncha: ¡No!

Rencho: ¡Ya no juegues, podríamos morir aquí!

Roncha: Esta bien. *(Se la da y él se quita las esposas, mientras se zafa de los cables; el sonido de las naves vuelve a acrecentarse. Rencho, al verse libre, quiere irse pero se oye una explosión muy cercana y se arrepiente)*

Rencho: ¡Al suelo! ¡Al suelo! *(Por un rato todo es explosiones externas, pero vuelve la calma poco a poco)*

Roncha: Estoy segura que esos son los de las Voces.

Bucho: *Em bust es es es...*

Rencho: *(Poniéndose de pie)* Por fin. Ya era hora de que alguien viniera a salvarme. *(Mira a Bucho que está en trance y masculla vagos sonidos)* ¿Quién eres tú y qué haces aquí, eh?

Roncha: Es Bucho, nuestro vecino. Solo que está un poco afectado y ya no puede hablar muy bien.

Rencho: Me lo supuse. *(Se le acerca)* Bueno *(le da la mano para levantarlo)*, muchas gracias por venir, te lo agradezco. Ahora vete de aquí. *(Bucho hace señas como queriendo decirle algo a Roncha)* ¿Qué le pasa eh? ¿No me oye o...?

Roncha: Es inútil Rencho, está mal. En la guerra se quedó sordo.

Rencho: *(Pensativo, mira a Bucho)* ¿Sordo? ¿Y cómo escuchó las naves?

Roncha: Es lo único que oye. Siempre que pasan va a dar al suelo, grita y patalea.

Rencho: *(Muy molesto)* Yo no sé por qué no se los llevan de aquí. A él y a todos los demás que andan siempre por el edificio.

Roncha: Sabes muy bien que eso no se puede. Éste, como todos los demás, está obsesionado en querer seguir teniendo el acceso a los alimentos y la seguridad social. Sus esposas no tardarán en enloquecer también, pero ni ellas ni yo tenemos la culpa de vivir en esta...

Bucho: *escur... escuri, escuritat... escuritat*

Rencho: ¿Y dices que también grita y patalea?

Roncha: ¡Sí!

Rencho: Pero esta vez no lo hizo, ¿o sí?

Roncha: No. *(Pícara)* Ha de ser porque tú lo intimidaste.

Rencho: *(Turbado)* ¿Yo?

Roncha: Sí. ¿Quién más?

Rencho: Bueno, tal vez tú.

Roncha: No, yo no. ¡Fuiste tú! Bien que lo pusiste nervioso.

Rencho: ¿Yo? ¿Pero por qué?

Roncha: *(Sensual)* Es que tú eres muy... muy imponente y...

Rencho: ¿Ah sí?, ¿imponente yo?

Roncha: Claro. ¿Qué no lo habías notado?

Rencho: *(Nervioso)* No. Definitivamente no.

Roncha: Pues porque eres muy poco observador. Yo no sé por qué te quieres ir así a la guerra. Vas a terminar como... *(El foco vuelve a encenderse pero ahora con más rapidez)*

Rencho: ¡Óyeme, óyeme! Mi deber ante todo es cumplir con los Obligadores y proteger el poder marcial. *(Bucho hace ademanes exagerados y Rencho se sorprende asustado. Roncha aprovecha la situación)*

Bucho: *Busht es... embu... chtes...*

Rencho: Mejor vamos a sacarlo.

Roncha: ¡Calla, calla! ¿Te fijas cómo te mira?

Rencho: *(Inquieto)* Sí. ¿Está muy raro no?

Roncha: Es por la impresión que le causaste.

Rencho: ¿Yo?

Roncha: Sí, es que vas vestido de soldado y...

Rencho: Entonces... ¿por eso me mira así?

Roncha: Sí. Lo has impresionado.

Rencho: Es por...

Roncha: Por tu temple querido. *(Se le acerca cariñosa)* Es que tú eres muy distinguido, ¿no lo habías notado?

Rencho: *(Turbado)* Pues... sí... sí, un poco. *(Toma aire y hace un esfuerzo)* Sobre todo cuando...

Roncha: ¡A ver! ¿Cuándo?

Rencho: Cuando recibí mi primera medalla de los Obligadores. *(Bucho intenta de nuevo decir algo con más sonidos)* Pero está muy raro, ¿no crees? Como que trae algo adentro, ¿no? Como que... quisiera explotar por dentro.

Roncha: Es que él es así. Así está desde que volvió de su última guerra.

Rencho: Pues qué mala suerte. ¿Y a cuántas ha ido?

Roncha: Como a una docena. *(Ella le hace ruidos, señas y muecas a Bucho; él le contesta con sonidos y señas)* Sí. Doce. Dice que sí.

Rencho: ¿Y tú cómo lo sabes eh? ¡Ay Roncha! Tú me vas a volver loco. ¡Lo mejor es que me vaya ya! *(Va a salir y ella lo detiene)*

Roncha: *(Abrazándolo)* No, no te vayas, amor.

Rencho: Es imposible. ¡Ya basta!

Bucho: *(Se tira al suelo temeroso) Chets... bu... bu... bulche…*

Roncha: ¡Espérate! ¡Espérate! *(Ve a Bucho asombrada)* ¡Debemos tener mucho cuidado!

Rencho: ¿Por qué?

Roncha: Porque dentro de poco reaccionará y le dará un ataque de nervios y... ¡Ay! *(Llora)* Va a destruir todo esto.

Rencho: ¡Lo voy a sacar!

Roncha: ¡No, no! Si te acercas será peor. Te va a ver como el enemigo y será terrible, mejor quédate tranquilo.

Rencho: ¿Y qué vamos a hacer con él? *(Pausa)* ¡Ah ya sé! *(Va al aparato interruptor)* Le encenderemos la máquina mágica. *(La enciende y le hace señas a Bucho indicándole que vea la pantalla del público. Bucho no entiende. Rencho apaga la máquina e intenta acercársele. Bucho se asusta y a gatas va debajo de la mesa; se acurruca muy silencioso mirando a todas partes)*

Roncha: ¡No! No te le acerques, podría ser fatal.

Voz: "Atención, atención a todos. Este es un mensaje de su oficina local de los Obligadores de Costumbres. Cada persona que no posea el pase de seguridad social será confiscada y reciclada. *(Bucho se pone más inquieto y alerta)* También se indica que dentro

de poco empezarán a cerrarse las puertas de la base de salida de naves. Para los que aún se sitúan en departamentos, recibirán en poco tiempo las indicaciones".

Rencho: Esto ya no es posible, ¿a dónde me empujaste, Roncha? *(Pausa)*. ¿Qué hacemos con éste?

Roncha: Él tal vez piensa que eres uno de los Obligadores de Costumbres. Ve y quítate pronto el uniforme.

Rencho: No. No me friegues.

Roncha: ¡Hazlo, si no quieres que la pasemos mal!

Rencho: Nada, nada, así me vio y así me quedo; que se acostumbre. *(En el pasillo se oyen marchas de soldados. Bucho reacciona, cambia de posición como un animal arrinconado y comienza a aullar)* No me importa el uniforme, así me vio y así me quedo. *(Aterrorizado)* ¡Ya está reaccionando, Roncha! ¿Qué vamos a hacer?

Roncha: *(Observa a Bucho con mucho cuidado, luego va con Rencho. En voz baja)* Ya sé.

Rencho: Dilo.

Roncha: Lo invitaremos a desayunar y así se calmará.

Rencho: ¿Tú crees?

Roncha: No hay de otra.

Rencho: Entonces, díselo.

Roncha: ¿Ahora?

Rencho: ¡Sí!

Roncha: *(Duda)* Bueno. ¡Bucho! *(Habla mientras le hace señas)* "Mi marido quiere que te quedes a desayunar con nosotros".

Bucho: *Chets... chets... buchs…*

Roncha: *(Voltea hacia Rencho)* Dice que no tiene ningún inconveniente.

Rencho: Ya lo veo.

Roncha: Bueno, arregla esto mientras voy a la cocina.

Ella sale. Rencho acomoda las cosas. Luego sienta a Bucho, él accede. Le sirve café. Bucho ríe y bebe. Pero las naves se escuchan de nuevo. Bucho se lanza al suelo y Rencho también. El sonido de la alarma exterior se oye con más fuerza. A los pocos instantes cesan y vuelve Roncha. Rencho se pone de pie y vuelve a enfadarse.

Rencho: ¡Esto no puede ser! ¡Yo me voy! *(Se dirige a la puerta)*

Roncha: *(Muy seria)* Está bien. Está bien. Si así lo quieres, tendrás que saber la verdad.

Rencho: *(Voltea desde el umbral de la puerta)* ¿La verdad?, ¿cuál verdad?

Roncha: La total y absoluta verdad de todo esto.

Rencho: ¿A qué te refieres?

Roncha: A que Bucho... yo... desde hace tiempo... Bucho y yo tenemos… él... él es mi amante...

Rencho: Tu... ¿tu amante? ¿Y te atreves a decírmelo ahora que tengo que irme a la guerra? *(Aturdido medita)* No, no es cierto.

Roncha: ¡Sí!

Rencho: ¡No!

Roncha: ¡Te digo que sí, hombre! *(Ella lloriquea. Rencho se va impresionando poco a poco)* Por eso no quiero que te vayas. Porque terminarás como él. *(Ensimismada)* Te irás quedando sin una pierna, luego sin otra, después te traerán aquí con un solo brazo y el otro ya no te servirá porque ya estará totalmente podrido, se irá secando. Después nos veremos obligados a cortártelo y solo te quedarás en menos partes y... tendré que pasearte por

los pasillos. Y ya no podrás desayunar por tu propia cuenta, y...

Rencho: ¡Y tú seguirás viendo a este infeliz! Nada, nada. Este no seguirá aquí. *(Sale rápidamente hacia la recámara)*

Roncha: *(Se acerca a la puerta derecha)* ¡Mira Rencho...! *(Nerviosa)* ¡Rencho! No te lo creas todo, yo... yo lo dije por... porque cambiaras de parecer y... y no fueras a...

Rencho regresa y atropella a Roncha que cae al suelo. Él trae un extraño cuello con un cable que acciona por un pequeño control manual; al descuidarse Bucho, se lo pone en el cuello, se retira.

Bucho: *Em... em... bustes... bolche... embulche... bulchet... bulchet.*

Rencho: *(Presiona uno a uno los botones y Bucho rueda por el suelo, expresa estertores y mueve su cuerpo. Después se queda quieto)* ¡Desgraciado! ¿Creíste que no descubriría el engaño, verdad?

Roncha: *(Se levanta muy impresionada)* ¡Pero Rencho! ¿Qué hiciste?

Rencho: Solo darle su merecido.

Roncha: ¿Sin saber bien cómo era todo en verdad? *(Furiosa, va a una silla, se sienta y llora)* ¡No era mi amante!

Rencho: ¿Ah no? *(Le quita el cuello)* Bueno. Esas cosas ya no tienen importancia. Ahora él ya no cuenta. No tenía tanta seguridad social y además él me obligó. ¿Viste los gestos que me hacía y los disparates que...?

Roncha: ¿Pero es que nunca te diste cuenta que era un ser inocente?, ¿hasta dónde ha llegado tu estupidez?

Rencho: *(Dudando)* ¿Qué quieres decir?

Roncha: La verdad, solo la verdad.

Rencho: Eso ya no importa ahora. Además... *(Mientras camina alrededor de él, se escuchan naves lejanas y de vez en cuando alguna alarma)* Ya no era útil. Rengueaba y hasta parecía

que era propenso a los ataques, ¿no? Gesticulaba mucho. Fue mejor que no siguiera sufriendo, ¿no crees?

Roncha: Pues, en cierto modo sí. *(Triste y luego muy orgullosa)* ¡Pero tenía una gran virtud!

Rencho: ¿Cuál?

Roncha: Prevenía los ataques. Sabía cuándo pasarían las más peligrosas naves. Hubiera servido al ejército de las Voces, eres un idiota.

Rencho: *(Triste)* Pero ya está muerto el pobrecito.

Roncha: Sí, que pena. *(Se hinca)* Parecía casi un niño.

Rencho: Así es. *(Lo abraza)* Bien pudo haber sido nuestro hijo.

Roncha: Hubiera llenado de dicha este hogar, le habría tomado mucho cariño.

Rencho: Sí, y tal vez yo también.

Roncha: *(Suspira)* ¡Ay, Dios lo guarde en paz por muchos años!

Rencho: (*Reflexivo*) Al fin y al cabo le hicimos un favor. Ya no tendrá que quejarse. (*Con ánimo decidido*) Nosotros al menos lo velaremos como a ti te gusta y como es debido, luego lo enterraremos y no volveremos a tratar el asunto.

Roncha: Así se hará. Pero yo no te ayudaré a enterrarlo.

Rencho: ¿Por qué no?

Roncha: Porque yo no lo maté.

Rencho: Pero tuviste culpa.

Roncha: ¿Yo? Pero si ni siquiera lo toqué.

Rencho: *(Angustiado)* Entonces... ahora yo tendré que enterrarlo.

Roncha: Vamos a velarlo.

Rencho: Déjate de esas cosas. Lo mejor es deshacernos del cadáver y...

Roncha: ¿Deshacernos? Pero mi amor, si tú eres el responsable.

Rencho: *(Nervioso)* ¿Yo...? Pero... si yo nada más quería... quería irme.

Roncha: Ahora no podrás y... mira, yo... yo seré buena contigo si me prometes una cosa.

Rencho: ¿Qué cosa?

Roncha: Que te quedarás.

Rencho: ¿Qué? *(Mira su reloj)* No, no puedo.

Roncha: Entonces yo misma te delataré con los Obligadores.

Rencho: ¿Serías capaz? *(Decidido)* No tienes pruebas. *(Intenta irse y vuelve conciliador)* Yo sé que me precipité con la muerte de Bucho, pero a este grado de la guerra a quién le puede importar una muerte de estas. Además, Bucho ya no podía pelear.

Roncha: Si te vas, les diré a todos que él era mi amante y que tú lo mataste. Si te vas, tendrás problemas porque Bucho era de los tuyos. No me hagas declarar que tu manía de matar era tan descontrolada que fuiste capaz de matar a este pobre inocente.

Rencho: Pero, ¿cómo puedes decir eso?

Roncha: También les diré que por tu falta de amor atentaste contra lo poco que teníamos del reino animal matando al pájaro, a las lombrices y que por tu ambición de dinero dejaste al viejo en el asilo para que muriera. ¡Ya deja de ser una máquina de matar! *(Roncha comienza a llorar y solloza de impotencia. Rencho de pronto se da cuenta que la ha herido a ella, quien es la única que lo ama. Él se acerca a ella casi infantil)*

Rencho: *(Autorreflexivo)* ¿En realidad así soy? *(Se acerca más gentil a ella)* Pero tú no harías eso contra mí, ¿verdad?

Roncha: *(Ella lo acepta, pero luego se retira y lo ataca)* ¡Sí! Y hasta

les confesaré que no has cumplido con el código de pareja. *(Se le acerca a él, pretenciosa y suave)* Ya no seas así. Mírame cómo estoy: viva, para ti. *(Lo enfrenta con seriedad)* Dime una cosa por favor: ¿Estás conmigo o no estás conmigo?

Rencho: *(Vencido)* ¡Roncha! *(Se abrazan)* ¡Roncha, te amo! *(Pausa)* Está bien, está bien. Acepto. *(Pausa)* Pero habría que hacer algo con el cadáver.

Roncha: Lo que es usual, lo arrojaremos por la ventana de la recámara y ya.

Rencho: ¿Y si lo encuentran y vienen aquí?

Roncha: ¡Ay, pero si estamos en el piso 59! Eso no será muy notorio.

Rencho: Bueno, pero vamos a sacarlo de aquí.

Roncha: Sí, tienes razón. Causaría mal aspecto y no desayunaríamos a gusto.

Rencho: ¿Desayunar?, ¿que no íbamos a cenar?

Roncha: *(Mientras lo llevan en peso hacia la cocina)* Como tú quieras, para mí es igual.

Rencho: Para mí también. *(Pausa larga. Ambos vuelven, él suspira y mira todo a su alrededor)* Pronto vendrán y perderemos nuestros pases de alimentación y la seguridad social.

Roncha: ¿Y qué? Lo único que podemos hacer es no volvernos como Bucho. ¿Qué nos queda aquí?

Rencho: Habremos de entregarlo todo.

Roncha: ¡Si no tenemos nada! *(Pausa)* Bueno, tú al menos tienes tu rasuradora.

Rencho: *(Triste y a punto de llorar)* ¡Mi rasuradora! *(Ella se le acerca, lo abraza y lo consuela)*

Roncha: Bueno, voy a prepararte algo.

Rencho: Está bien. *(Toma una silla y se sienta frente al público; enciende*

la pantalla) Flaquis, no te olvides de la última lata de frijoles sintéticos.

Roncha: *(Desde el umbral de la puerta)* No, mi amor. *(Ella desaparece. Él mira al público con desaliento)*

Rencho: (*Dice de manera casi infantil*) ¡Mi rasuradora! *(Casi llorando)* ¡Mi rasuradora! ¡Mi rasuradora! *(Él escucha la voz de la pantalla y él termina confuso por la información que recibe)*

Voz: "Atención, atención, por favor. Este es un mensaje del comité local "Nuestra Serpiente Cibernética". A todos los usuarios de cualquier departamento que no hayan llegado a la base de partida, se les pide que depositen en sus ductos correspondientes el uniforme de los Obligadores, la rasuradora y la tarjeta-llave del sitio".

Roncha entra, ambos se miran y ella sale. Rencho comienza a quitarse el uniforme. Luego ella aparece con nuevas ropas para su marido. Mientras él se cambia, ella toma el uniforme, busca la tarjeta y sale. Rencho se ve desilusionado. Roncha vuelve con los tres objetos requeridos; se los muestra a él, se miran indiferentes y ella sale. La voz se escucha de nuevo.

Voz: "En pocos instantes, la agencia hermana de los Obligadores autoriza la limpieza de los departamentos abandonados. Favor de retirarse en cuanto el vapor de los ductos internos empiece a trabajar".

Roncha reaparece colgando varios objetos; ambos se abrazan y ella está feliz. Ellos salen por la puerta de la izquierda. Una alarma fuerte suena, las luces se apagan y se oye un agudo sonido de vapor al lado izquierdo.

Apagón.

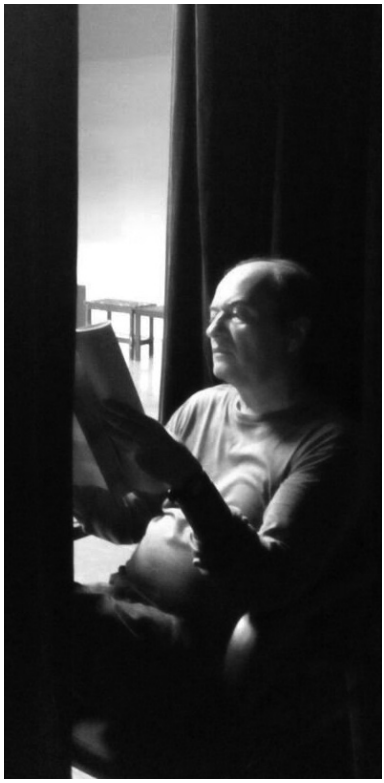
Tomás Chacón Rivera. Nació en Ciudad Juárez, Chih. y sus primeros estudios fueron dos años de Filosofía en la UACh.

Trabajó como actor desde 1974 hasta 1992 en 24 obras teatrales, en las que tuvo directores como Fernando Saavedra, José Luis Cruz, Juan José Gurrola y Rafael López Miarnau, entre otros, además de haber realizado conferencias en Nuevo México, la UTEP y la Universidad de Sonora.

Fue profesor en la Universidad Iberoamericana (DF), Santa Fe y la Universidad de Querétaro en el 2008.

Ha publicado un libro sobre teatro acerca de la Revolución y diversos ensayos también de teatro, literatura, educación y poesía. Sus áreas de interés son la Dramaturgia, la Literatura, la Cultura Mexicana, el Teatro Mexicano y latinoamericano, y la realización metodológica de tesis y teoría literaria.

Actualmente investiga sobre los problemas y avances de



la Actitud Académica a nivel licenciatura. Es profesor de tiempo completo en la Universidad Autónoma de Chihuahua en la Licenciatura en Letras Españolas y en Bellas Artes. Se desempeña como profesor de Literatura española, mexicana, latinoamericana e Investigación para tesis. Contacto: *chactom@hotmail.com*

Amor en días rudos

se terminó de imprimir
en el mes de xxxxx2017
en Talleres Gráficos de Gobierno del Estado

La edición consta de 1 000 ejemplares

Coordinador editorial
Gisela Iliana Franco Deándar

Edición, formación y diseño
Gisela Iliana Franco Deándar

Corrección de estilo
Claudia Saldaña León